http://win10.io

ALFONSO DAUDET
Safo . . . . . Ptas. 3'50

VIRGINIA GIL DE HERMOSO
* **Incurables** . . . . . Ptas. 3'50

RUDYARD KIPLING
Los hijos del Zodíaco . . . . . Ptas. 4

ALEJANDRO LARRUBIERA
Camino del pecado. . . . . . Ptas. 3

MARIO MARIANI
¡Pobre Cristo...! . . . . . Ptas. 4

MARCELO PREVOST (De la Academia Francesa).
La noche acabará... (2 tomos) cada uno! . . . . . Ptas. 3'50

PITIGRILLI
Mamíferos de lujo. . . . . . Ptas. 4
Cocaína . . . . . Ptas. 4
El cinturón de castidad . . . . . Ptas. 4
Ultraje al pudor. . . . . . Ptas. 4
La virgen de 18 quilates . . . . Ptas. 4

ANGEL SAMBLANCAT
Jesús atado a la columna. . . . . Ptas. 3

CONSTANTINO SUAREZ
Doña Caprichos (Novela de amoríos). Ptas. 3'50

H. J. WELLS
* **Una utopía moderna.** . . . . . Ptas. 3'50
* **El hombre invisible** . . . . . Ptas. 3'50
* **La visita maravillosa.** . . . . . Ptas. 3'50
* **Los primeros hombres en la Luna.** . Ptas. 4
* **La guerra de los mundos.** . . . . Ptas. 3
* **La Máquina exploradora del Tiempo** . Ptas. 2'50

GABRIELA ZAPOLSKA
El infierno de las vírgenes. (La vida en un internado). . . . . Ptas. 4

Todos los títulos de la *Colección Ideal* se venden encuadernados en tela, sufriendo un aumento de 1'50 pesetas sobre los precios de rústica.

Published in Spain

COLECCION IDEAL

OBRAS COMPLETAS
DE
WELLS

LA MAQUINA EXPLORADORA DEL TIEMPO

EDITORIAL B. BAUZÁ.

http://win10.io

Editorial B. Bauzá.—Apart. 66.—Aribau, 175 a 179
Barcelona

Obras completas de WELLS

* UNA UTOPIA MODERNA
* EL HOMBRE INVISIBLE
* LA VISITA MARAVILLOSA
* LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA
* LA GUERRA DE LOS MUNDOS

He aquí algunas opiniones de escritores sobre Wells:

...la imaginación más imprevista, la más inagotable, la más lógica de estos tiempos..., un gran poeta de naturaleza...

Mauricio Maeterlinck

...Uno de los autores más originales de nuestro tiempo... *Camilo Flammarion*

...leo a Wells con el mayor interés...

Julio Verne

...las hermosas obras de Wells se leen con el más vivo placer... *J. M. de Heredia*

...es admirable, es excelente...

Andrés Gide

...Esas novelas extraordinarias de una fantasía tan conmovedora y sugestiva...

Emilio Gautier

...Wells es el escritor inglés, más leído y más reputado fuera de su país.

De *A B C* de Madrid
18 de Febrero de 1921.

OBRAS COMPLETAS
DE
WELLS

LA MÁQUINA EXPLORADORA DEL TIEMPO

Traducción de J. d'Albroi

EDITORIAL B. BAUZÁ
Aribau, 175 a 179
BARCELONA

http://win10.io

ES PROPIEDAD
Copyright 1926
by BARTOLOMÉ BAUZÁ

Talleres Gráficos B. Bauzá – Aribau, 175 a 179. – Barcelona

CAPITULO PRIMERO

Introduccion

El Explorador del Tiempo (como para mayor comodidad le llamaremos), nos exponía un misterioso problema. Centelleaban sus ojos grises y brillantes y su rostro, habitualmente pálido, aparecía encendido y animado. La llama ardía alegremente en la chimenea, y la dulce luz de las lámparas incandescentes se reflejaba en las burbujas chispeantes de nuestras copas. Los sillones, construídos según sus modelos, se plegaban a nuestra forma, abrazándonos, acariciadores; nos hallábamos en esa voluptuosa situación de sobremesa en que, libres de las trabas de la precisión, vagan graciosamente y sin objeto los pensamientos. Mientras que arrellenados en nuestros sillones admirábamos su ardor y la abundancia

http://win10.io

de sus ideas en defensa de lo que creíamos que era una de sus nuevas paradojas, nos explicaba el asunto e insistía, con su delgado índice, en alguno de sus puntos de vista.

—Sigan cuidadosamente mis palabras, pues me va a ser necesario rechazar una o dos ideas universalmente aceptadas. Así, por ejemplo, la geometría que se les ha enseñado a ustedes en las áulas, está fundada en una mala interpretación.

—¿No será esto entrar en materia de una manera demasiado fuerte?—preguntó Filby, personaje argumentativo, de roja cabellera.

—No tengo yo la intención de hacerles aceptar nada que no tenga una base razonable, aunque pronto deberán admitir todo lo que a mí me parezca. Saben ustedes que una línea matemática, una línea de dimensión absoluta, no existe en realidad. ¿Se les ha enseñado esto? Ni tiene, pues, un plano matemático. Son simples abstracciones.

—Perfectamente—dijo el psicólogo.

—Así, pues, un cubo, no teniendo más que longitud, anchura y espesor, ¿puede tener una existencia real?

—Tengo algo que objetar a esto—dijo Filby.—Un cuerpo sólido existe, ciertamente. Todas las cosas reales...

—Esto es lo que opina la mayoría de las gentes; pero, esperen un momento...; ¿es que es posible que exista un cubo *instantáneo?*

—No le entiendo a usted—replicó Filby.

—¿Es que puede existir, realmente, un cubo, sin alcanzar la duración de un espacio cualquiera de tiempo?

Filby quedó pensativo.

—En una palabra, todo cuerpo real—continuó el Explorador del Tiempo,—debe extenderse en cuatro direcciones. Es preciso que tenga longitud, anchura, espesor y... duración; pero, por una natural enfermedad de la carne, que les explicaré dentro de poco, nos inclinamos a no ocuparnos, a desatender este hecho. Hay en realidad cuatro dimensiones: tres, a las que llamamos los tres planos del Espacio; y una cuarta: el Tiempo. Y sin embargo, existe una tendencia a establecer una distinción ficticia e imaginaria entre la última y las tres primeras dimensiones, pues sucede que nuestra conciencia de las cosas se mueve, a intervalos, en una sola dirección, a lo largo de la última de dichas dimensiones, desde el principio al fin de nuestra vida.

—Eso—dijo un jovencito, haciendo nerviosos esfuerzos para encender su cigarro por encima de la lámpara,—eso... está muy claro... Verdaderamente.

—Luego, ¿no es digno de observarse que esto esté a tal extremo descuidado?—continuó el Explorador del Tiempo, con un tono ligeramente jocoso.—He aquí en realidad lo que significa la cuarta dimensión; hablan de ella ciertas gentes que no saben en verdad lo que se dicen. No es más que una manera distinta de enfrontar o

http://win10.io

examinar el Tiempo. *No existe diferencia alguna entre el Tiempo y una cualquiera de las tres dimensiones del Espacio, excepto que nuestro conocimiento marcha paralelamente a lo largo de ella.* Pero algunas gentes estúpidas han tomado el peor sentido de esta idea. ¿Acaso han entendido todos ustedes lo que se les ha ocurrido manifestar a propósito de esta cuarta dimensión?

—Yo no—exclamó el provincial.

—Es, simplemente, esto: el Espacio, tal como lo comprenden nuestros matemáticos, ostenta tres dimensiones a las que se llama longitud, anchura y espesor, y es siempre definible por referencia a tres planos, formando cada uno de ellos ángulos rectos con los otros. Pero, ¿por qué solamente tres dimensiones?—se han preguntado algunos espíritus filosóficos.—¿Por qué no una nueva dirección, formando también ángulos rectos con las tres restantes? Y han intentado establecer una geometría de las cuatro dimensiones. Todo esto ha sido expuesto, no hace aún cuatro o cinco semanas, por el profesor Simón Newcomb, en la Sociedad Matemática de New-York. Saben ustedes que sobre una superficie plana que tiene sólo dos dimensiones, puede representarse cualquier figura de un sólido de tres dimensiones, y por ello argumentan que podrían asimismo representar una de cuatro, si les fuera fácil darse cuenta de la perspectiva de la cosa. ¿Comprenden ustedes?

—Me parece que sí—murmura el provincial, ca-

yendo en profunda reflexión, con las cejas fruncidas y moviendo los labios como repitiendo místicas palabras.

—Sí; creo que ahora caigo en ello—dijo al cabo de un momento. Y su rostro se iluminó de un modo enteramente transitorio.

—Bien. No tendría yo razón en ocultarles que desde hace ya algún tiempo me estoy ocupando de esta geometría de las cuatro dimensiones. He obtenido resultados muy curiosos. He aquí, por ejemplo, unos cuantos retratos de la misma persona, a los ocho años, a los quince, a los diez y siete, otro a los veinte y así sucesivamente. Son evidentemente las secciones, es decir, las representaciones bajo tres dimensiones de un sér que tiene cuatro y es inalterable y fijo.

—Las personas científicas—continuó el Explorador del Tiempo, después de la pausa que la asimilación de sus últimas palabras requería,—saben perfectamente que el Tiempo no es más que una especie de Espacio. He aquí un conocido aparato científico registrador. Esta línea que sigue mi dedo, indica las oscilaciones del barómetro. Ayer subió hasta este punto; por la tarde, descendió hasta allí y luego, esta mañana, ha subido lentamente hasta alcanzar esta altura. Indudablemente, el mercurio no ha trazado estas líneas en ninguna de las, generalmente admitidas, dimensiones del espacio; sin embargo, estas líneas han sido trazadas verdaderamente y debemos por ello llegar a la conclusión de que han sido, desde

http://win10.io

luego, trazadas a lo largo de la dimensión del Tiempo.

—Pero si el Tiempo no es más que una cuarta dimensión del Espacio—dijo el doctor, contemplando fijamente las llamas del carbón,—¿por qué se le ha considerado siempre, y se le considera aún, como diferente? ¿Y por qué no podemos movernos acá y acullá en el Tiempo, del mismo modo que acá y acullá nos movemos en las otras dimensiones del Espacio?

El Explorador del Tiempo sonrió:

—¿Está usted bien seguro de que podemos movernos libremente en el Espacio? Podemos, sí, ir de derecha a izquierda, adelante y atrás, con bastante libertad, y siempre se ha hecho así. Admito que nos movemos libremente dentro de dos dimensiones; pero, ¿qué podrá usted decirme de los movimientos de arriba a abajo y de abajo a arriba? Según creo, la gravitación nos los limita sensiblemente.

—No del todo exacto—dijo el doctor;—tenemos los globos.

—Pero dejando a un lado los globos y exceptuando los saltos o movimientos espasmódicos y las irregularidades de superficie, no alcanza el hombre la más mínima capacidad para el movimiento vertical.

—De todos modos, puede moverse un poco de arriba a abajo y de abajo a arriba.

—Más fácilmente, mucho más fácilmente de arriba a abajo que de abajo a arriba.

—Tampoco puede usted moverse en el Tiempo puesto que le es también imposible alejarse del momento presente.

—Mi querido amigo, he aquí precisamente el error. En esto es precisamente en lo que se equivoca el mundo entero. Todos nos alejamos incesantemente del momento presente. A lo largo de la dimensión del Tiempo, se desarrollan nuestras existencias mentales, inmateriales y sin dimensión alguna, con igual uniforme velocidad, desde la cuna a la tumba, de la misma manera que nos deslizaríamos hacia abajo, si empezásemos nuestra existencia a cincuenta millas sobre la superficie terrestre.

—Aquí está la máxima dificultad—interrumpió el psicólogo;—podemos ir de acá para allá en todas las direcciones del Espacio, pero no nos es dado movernos de acá para allá en el Tiempo.

—Precisamente, el germen de mi gran descubrimiento está en esto. Se equivoca usted al decir que no podemos movernos en todos sentidos en el Tiempo. Por ejemplo, si yo me acuerdo vivamente de cualquier incidente acaecido, vuelvo a vivir el momento en que tal incidente se produjo. Estoy distraído, tengo el espíritu ausente, como ustedes dirían. Doy, durante un momento, un salto hacia atrás. Desde luego, no poseemos la facultad de permanecer hacia atrás durante un periodo cualquiera de Tiempo, como tampoco un salvaje o un animal cualquiera posee la facultad de sostenerse en el aire a seis pies sobre el

http://win10.io

suelo. Pero desde este punto de vista, el hombre civilizado se halla mejor dotado que el salvaje. Ya que puede elevarse en un globo, a despecho de la gravedad, ¿por qué no puede esperar que le sea, luego, permitido moderar o acelerar su impulso, a lo largo de la dimensión del Tiempo y volverse y revolverse en el otro sentido?

—¡Oh! Eso—interrumpió Filby,—es...

—¿Qué?—preguntó el Explorador del Tiempo.

—Es fuera de toda razón—concluyó Filby.

—¿Qué razón?—dijo el Explorador del Tiempo.

—Podrá usted demostrar por toda clase de argumentos que lo blanco es negro y lo negro blanco—dijo Filby,—pero jamás logrará usted convencerme.

—Puede ser—dijo el Explorador del Tiempo;—pero ahora comienza usted a ver cuál fué el objeto de mis investigaciones en la geometría de las cuatro dimensiones. Tenía, hace ya mucho tiempo, una vaga idea de una máquina...

—¡Para viajar a través del Tiempo!—exclamó el jovencito.

—...qué viajará en cualquier dirección del Espacio y del Tiempo a completa voluntad de quien la dirija.

Filby se contentó con reirse.

—Tengo de ello la comprobación experimental,—dijo el Explorador del Tiempo.

—Esto representaría una gran comodidad para un historiador—indicó el psicólogo.—Poder volver

al pasado y comprobar a gusto los relatos que nos hacen por ejemplo de la batalla de Hastings.

—¿No cree usted que semejante cosa atraería la atención?—dijo el médico.—Nuestros antepasados no gustaban de anacronismos.

—Podría aprenderse el griego de los propios labios de Homero y Platón,—dijo el jovencito.

—En este caso, le harían perder su primer examen. ¡Los sabios alemanes han perfeccionado tanto el griego!...

—¡Esto es el porvenir!—dijo el jovencito.—¡Reflexionad! Podría colocarse todo el dinero; dejar acumular los intereses y... ¡adelante!

—En busca de una sociedad edificada sobre una base estrictamente comunista,—dije.

—De todas las teorías fantásticas y extravagantes—comenzó el psicólogo...

—Sí; eso es lo que a mí me parecía; de tal modo, que jamás he hablado de esto hasta...

—La comprobación experimental—grité.—¿Va usted a comprobar *esto?*

—¡El experimento!—gritó Filby, sintiendo ya vértigos en su cerebro.

—Bien, bien—dijo el psicólogo.—¡Háganos ver esta demostración, aunque todo ello no sea más que una farsa!

El Explorador del Tiempo nos miró sonriendo, y luego, sin abandonar su leve sonrisa, las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, salió lentamente del salón, y escuchamos el leve rumor

http://win10.io

de sus zapatillas a lo largo del corredor que conducía al laboratorio.

El psicólogo nos miró:

—¿Qué es lo que va a hacer?—dijo.

—Alguna fantasía de juegos de manos o sesión de escamoteo—contestó el doctor.

En esto, empezó Filby a contarnos la historia de un conspirador que había visto en Burslem; mas apenas hubo acabado el prólogo, regresó el Explorador del Tiempo, quedándose en aquel punto su cuento.

CAPITULO II

La Máquina

El objeto que tenía en la mano el Explorador del Tiempo, era una especie de mecanismo de metal reluciente, algo más grande que un reloj pequeño, y de una construcción sumamente delicada; tenía algunas de sus partes de marfil y otras de una transparente y cristalina sustancia.

Me es preciso procurar ser ahora extremadamente prolijo, pues lo que sigue, a menos que su explicación no sea aceptada, es algo absolutamente increíble. Tomó una de las mesitas de forma octogonal que se hallaban en los ángulos de la habitación, emplazándola delante de la chimenea, con dos de sus patas sobre la parte delantera del hogar; sobre la mesa colocó su mecanismo. Acercó una silla y se sentó.

http://win10.io

El único objeto que había, además, sobre la mesa, era una pequeña lámpara provista de pantalla, cuya brillante claridad iluminaba, dándole de lleno, la máquina. Había también en el salón alrededor de una docena de bujías, dos de ellas en los adornos de ambos lados de la chimenea y en sus candelabros otras, estando la habitación, de este modo, fuertemente iluminada. Tomé asiento cerca del fuego, en un sillón bajo, colocándome lo más cerca posible, casi entre el Explorador del Tiempo y el hogar. Filby, sentado detrás de él, miraba por encima de su hombro. El doctor y el provincial a su derecha le observaban de costado; el psicólogo por la izquierda, y el jovencito se mantenía detrás de este último. Estábamos unos y otros ojo avizor y creo completamente imposible, en estas condiciones, que hubiésemos podido ser víctimas de una burda superchería.

El Explorador del Tiempo nos miró uno por uno y contempló, luego, su máquina.

—¿Y bien?—preguntó el psicólogo.

El Explorador del Tiempo, apoyando los codos sobre la mesa y juntando las manos por encima del aparato dijo:

—Este pequeño objeto es sólo un modelo. Es el proyecto que he hecho de una máquina para viajar a través del Tiempo. Seguramente lo tomarán ustedes, por su aspecto completamente ambiguo y por el extraño aspecto de esta barra reluciente, como una cosa absurda y completamente fantástica—e indicaba con el dedo la barra, al decir esto.—He aquí, además, una pequeña palanca blanca, y allí otra igual.

El doctor, levantándose, examinó cuidadosamente el aparato.

—Está admirablemente hecho—dijo.

—Dos años me ha costado construirlo—respondió el Explorador del Tiempo.

Después que todos lo hubimos, a imitación del doctor, examinado, prosiguió:

—Es necesario que comprendan ustedes claramente que haciendo presión sobre ella, esta palanca, hace que la máquina se deslice en el futuro, sirviendo esta otra para el movimiento contrario, de retroceso. Este escabel representa el asiento del Explorador del Tiempo. Tan pronto apriete la palanca, la máquina marchará; se desvanecerá pasando a los tiempos futuros y no volverá a aparecer. Mírenla; examínenla bien, así como también la mesa, y convénzanse de que no hay en ello ninguna superchería. Comprendan que no entra en mis deseos el perder para siempre este modelo e inmediatamente oir, como consecuencia, que se me trata de embaucador.

Hubo un silencio que se prolongó, quizá, un minuto. El psicólogo pareció querer decirme alguna cosa, pero se contuvo. El Explorador del Tiempo avanzó su dedo hacia la palanca.

—No—dijo de pronto.—Deme usted su mano.

Y volviéndose hacia el psicólogo, cogióle la mano e hízole extender el índice. De este modo, fué el psicólogo mismo quien puso a aquel modelo

http://win10.io

de la Máquina Exploradora del Tiempo en camino para su interminable viaje. Todos vimos perfectamente bajarse la palanca. Estoy absolutamente convencido de que no hubo en todo ello artificio alguno. Se oyó un pequeño silbido, osciló la llama de la lámpara, apagóse una de las bujías de la chimenea y de repente la máquina osciló, dando la vuelva sobre sí misma. Hízose por momentos indistinta; durante un segundo la vimos como un fantasma, como un torbellino de metal, centelleando débilmente... y desapareció... Sobre la mesa no quedaba otra cosa que la lámpara.

Durante un momento, guardamos todos silencio.

El psicólogo, saliendo de su profundo estupor, examinó de repente la mesa, lo cual hizo reir alegremente al Explorador del Tiempo.

—¿Y bien?—exclamó dando a sus palabras el mismo tono interrogativo del psicólogo. Después, se dirigió a la chimenea, tomó su caja de tabaco, y volviéndonos la espalda, comenzó a cargar su pipa, mientras nosotros nos mirábamos uno a otro, estupefactos.

—¿Es que todo esto es serio?—dijo el doctor.—¿Opina usted, seriamente, que esta máquina es capaz de viajar a través del Tiempo?

—Ciertamente—dijo nuestro amigo, agachándose hacia el fuego para encender una cerilla. Luego, volviéndose, miró cara a cara al psicólogo; y éste, queriendo demostrar no haberse turbado en modo alguno, tomó un cigarro y pretendió encenderlo, pero habíase olvidado de cortar la punta.

—Pues bien,—prosiguió, señalando en dirección a su laboratorio,—tengo aquí una gran máquina, casi terminada, con la cual, cuando esté enteramente montada, pienso emprender yo mismo un pequeño viaje.

—Pero ¿pretende usted que su máquina viaje en el porvenir?—preguntó Filby.

—En el porvenir o en el pasado. No puedo con seguridad precisarlo.

Un momento después, el psicólogo tuvo una inspiración.

—Si a alguna parte ha ido, debe ser hacia el pasado.

—¿Por qué? — preguntó el Explorador del Tiempo.

—Porque presumo que no se ha movido en el Espacio, y de viajar en el porvenir, debiera estar aquí aún, pues le sería necesario recorrer este momento.

—Sin embargo—objeté,—si viajase en el pasado, debería ser visible para nosotros, recorriendo el momento en que hemos entrado en esta habitación; asimismo, el jueves último, el anterior y sucesivamente.

—¡Serias objeciones!—observó, imparcialmente, el provincial, volviéndose hacia el Explorador del Tiempo.

—No del todo—contestó éste. Y añadió, dirigiéndose al psicólogo:—Usted, que es un pensador, puede explicar esto. Es del dominio del inconsciente, de la percepción debilitada.

http://win10.io

—En efecto—dijo el psicólogo, asintiendo.—Es un sencillo problema de psicología, del que hubiese debido darme cuenta, y que apoya admirablemente la paradoja. No podemos volver a ver ni apreciar esta máquina, como tampoco podemos distinguir los radios de una rueda lanzada a toda velocidad, ni una bala de cañón lanzada á través del espacio. Si avanza en el Tiempo cincuenta o cien veces más aprisa que nosotros; si recorre un minuto mientras nosotros sólo recorremos un segundo, la impresión producida será, naturalmente, una cincuentésima o centésima de lo que sería si la máquina no viajase en el Tiempo. Esto es evidente.

Y pasando la mano por el lugar que la máquina había ocupado, preguntó riendo:

—¿Comprenden ustedes?

Hasta que nuestro amigo nos preguntó qué pensábamos de todo aquello, permanecimos sentados y fija nuestra mirada en la mesa vacía.

—¡Uf! Esta noche todo lo encuentro admisible—manifestó el doctor;—aguardemos a mañana, esperemos el buen sentido matinal.

—¿Quieren ver ustedes mi máquina?—preguntó nuestro amigo.

Tomó al mismo tiempo una lámpara y nos arrastró a lo largo del corredor que conducía a su laboratorio. Parece que vuelvo a ver, sugerido por la viveza del indeleble recuerdo, el perfil de su cabeza, grande y extraña; nuestro desfile trás él, estupefactos, aunque incrédulos; la

temblorosa luz, la danza de las sombras... Asimismo, recuerdo, ya en su laboratorio, la máquina, mucho más grande que la que ha poco había desaparecido ante nuestra vista. Algunas de sus piezas eran de níquel, o de marfil; otras, habían sido talladas en cristal de roca. El conjunto estaba casi terminado, exceptuando las retorcidas barras de cristal que descansaban, sin acabar, sobre un banco de carpintero, al lado de varios planos y bosquejos. Al tomar una para examinarla mejor, me pareció que estaba hecha de cuarzo.

—Bien—dijo el doctor.—¿Habla usted seriamente o no es esto más que una simple superchería, como el fantasma que nos hizo usted ver en la Navidad pasada?

—Estoy completamente convencido—dijo nuestro amigo, elevando la lámpara,—de que por medio de esta máquina iré a la exploración del Tiempo. ¿Comprenden? Crean que tan seriamente como ahora no he hablado jamás en mi vida.

No sabiendo, igual que los demás, en qué sentido tomar sus palabras, busqué por detrás del doctor a Filby, el cual, al encontrarse nuestras miradas, me guiñó los ojos solemnemente...

http://win10.io

CAPITULO III

La vuelta del Explorador del Tiempo

Me parece que ninguno de nosotros creyó, entonces, en la máquina. Era nuestro amigo, uno de esos hombres demasiado inteligentes y hábiles, demasiado astutos, para que se les crea. Se experimentaba con él la impresión de no confiarse por completo, haciendo sospechar siempre alguna sutil reserva, alguna ingenuidad oculta, bajo su aparente franqueza. Si hubiese sido Filby, por ejemplo, quien nos hubiera enseñado el modelo y explicado la cosa, habríamos sido mucho menos escépticos; hubiéramos comprendido mejor sus explicaciones: el tendero de la esquina comprendería fácilmente a Filby. Pero el Explorador del Tiempo era sospechoso de más de una fantasía y desconfiábamos de él. Cosas que habrían, quizás, labrado la gloria de hombres menos capaces, parecían en sus manos supercherías. Esta es la consecuencia de hacer las cosas con demasiada facilidad. Las personas sensatas que le tomaban en serio, jamás se sentían seguras de su manera de obrar. Unir a él sus reputaciones de hombres de claro juicio, les parecía algo así como amueblar una escuela con frágiles objetos de porcelana. Por esta razón, estoy convencido de que ninguno de nosotros se atrevió a hablar a nadie del Explorador del Tiempo en el intervalo de aquel jueves al siguiente, aunque obsesionase nuestra mente las curiosas eventualidades, los hechos increíbles, las maravillosas posibilidades de anacronismo, de completa confusión, que su pretendido invento nos sugería. Por mi parte, me sentía singularmente preocupado por el experimento efectuado con el mecanismo modelo. Recuerdo haber encontrado al doctor el viernes en Linnæen y haber discutido el asunto con él. Creyó recordar, según me dijo, haber visto algo semejante en Tübingen, y concedía gran importancia al detalle de haberse apagado la bujía, aunque, de todos modos, no acertaba a explicarse de qué modo pudo suceder aquello.

El jueves siguiente me trasladé a Richmond; yo era uno de los comensales más asíduos del Explorador del Tiempo, pero habiendo llegado un poco tarde, hallé ya a cuatro o cinco amigos reunidos en el salón. El doctor, arrimado a la chimenea, tenía en una mano una hoja de papel

http://win10.io

y su reloj en la otra. Busqué con la mirada al Explorador del Tiempo.

—Son ya las siete y media—dijo el doctor.—Creo que haríamos mejor en cenar.

—¿Dónde está? — pregunté, refiriéndome a nuestro huésped.

—Es cierto; acaba usted de llegar. Retenido por algo inaplazable, ha dejado estas líneas, invitándonos a sentarnos a la mesa a las siete, caso de no estar él aquí a esta hora, añadiendo que al regresar nos explicará su tardanza.

—En efecto, es lástima que dejemos estropear la comida—exclamó el editor de un conocido periódico diario.

Oído esto, el doctor llamó.

El psicólogo, el doctor y yo, éramos, de los reunidos, los únicos que asistimos a la cena precedente. Eran, los otros: Blank, el editor antes citado, cierto periodista y otro personaje, reposado, tímido y barbudo, para mí desconocido, que no despegó los labios en toda la noche. Ya en la mesa, se hicieron toda clase de conjeturas sobre la ausencia del dueño de la casa, y a guisa de broma, sugerí la idea de que quizás estaría explorando su cuarta dimensión. El editor, pidió explicaciones de la cosa, haciéndole el psicólogo una graciosa relación del paradójico e ingenioso artificio de que ocho días antes había sido testigo. A la mitad de su relato, la puerta del corredor se abrió lentamente y sin ruido.

—¡Hola! ¡Al fin! — grité yo, que sentado frente a la misma, fuí el primero en darme cuenta.

Se abrió la puerta completamente, apareciendo ante nosotros el Explorador del Tiempo. No pude contener, al verle, un grito de sorpresa.

—¡Gran Dios!—exclamó el doctor.—¡En qué estado llega!

Y todas las miradas se dirigieron hacia el recién llegado.

Volvía en un estado lastimoso. Su traje estaba sucio y polvoriento, llenas de manchas verduzcas las mangas; sus cabellos estaban enmarañados, y sea a causa del polvo, sea porque en realidad hubiesen cambiado de color, parecían más grises. Su rostro estaba horriblemente pálido y una profunda cortadura, medio cerrada, surcaba su barbilla. Sus facciones parecían contraídas por un intenso sufrimiento. Vaciló un momento, cegado sin duda por la claridad; y entró luego, cojeando, como un vagabundo abrumado por el cansancio. Le miramos en silencio, esperando que hablase.

Avanzó penosamente hacia la mesa y sin pronunciar una palabra, hizo un movimiento para alcanzar el vino. El editor ofrecióle una copa llena de *champagne*, que bebió de un solo trago. Pareció sentirse mejor; su mirada dió la vuelta a la mesa y la sombra de su habitual sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Qué diablos ha hecho usted?—interrogó el doctor.

http://win10.io

El Explorador del Tiempo pareció no comprender.

—No se molesten por mí—dijo, con voz mal segura.—Me encuentro bien.

Se detuvo, alargó la copa, que le fué llenada de nuevo y la vació de un largo trago.

—¡Qué bien sienta esto!—dijo.

Sus ojos se aclararon y un ligero carmín tiñó sus mejillas. Su mirada examinó rápidamente nuestros rostros en una especie de melancólica aprobación, y dió la vuelta al caldeado y confortable salón. Luego habló de nuevo, como buscando aún el camino a través de sus palabras.

—Voy ahora a lavarme y a vestirme; en cuanto vuelva, les daré las explicaciones prometidas... ¡Ah! guárdenme un poco de carnero. Me muero de hambre.

De pronto se fijó en el editor, que era un convidado caro de ver, y dióle la bienvenida. El editor empezó a preguntar.

—Todo lo contestaré oportunamente—dijo el Explorador del Tiempo.—Me siento un poco raro. Todo irá bien, dentro de un momento.

Dejó su copa y al dirigirse hacia la puerta de la escalera pude observar nuevamente que marchaba cojeando y que su pie golpeaba pesadamente el pavimento. Enderezándome un poco pude ver sus pies mientras salía: llevaba simplemente, por todo calzado, unos calcetines destrozados y manchados de sangre. Tuve intención de seguirle, al cerrarse tras él la puerta, pero me contuve, recordando cuánto le enojaba que le estorbaran. Durante un momento estuvo mi cabeza desatinando. Oí al editor que decía: *Extraña conducta de un sabio famoso*, pues, siguiendo su costumbre, pensaba en títulos de artículos. Estas palabras atrajeron mi atención de nuevo hacia la reluciente mesa.

—¿Qué farsa es esta? — preguntó el periodista.

Mis ojos se encontraron con los del psicólogo y en ellos leí mi propio pensamiento. fijo en nuestro amigo, al que creía ver subiendo penosamente la escalera. No creo que, aparte nosotros, se fijase nadie más en su cojera.

El primero en rehacerse de su sorpresa fué el doctor, quien llamó nuevamente a los criados, cuya continua presencia durante la comida no podía nuestro amigo soportar. El editor empuñó con un gruñido tenedor y cuchillo, imitándole en ello el personaje misterioso y continuó la cena.

Desde luego, abundaron en la conversación las exclamaciones de asombro, hasta que la curiosidad natural del editor se hizo más apremiante.

—¿Es que nuestro amigo quiere aumentar su modesta renta dedicándose a barrer las calles, o bien sufre metamorfosis a lo Nabucodonosor?

—Estoy seguro—dije,—de que también esto son consecuencias de aquella historia de la Máquina del Tiempo.

Y tomando la historia en el punto donde el psi-

http://win10.io

cólogo la había dejado, les relaté nuestra reunión precedente. El editor oponía infinitas objeciones: ¿Qué era aquello de la Exploración del Tiempo? ¿Es que un hombre podía cubrirse de polvo, sólo con dejarse llevar por el curso de una paradoja? Y a medida que se familiarizaba con la idea, iba encontrando, a placer, nueva materia para sus chanzas: ¿Es qué en el futuro no habían cepillos para la ropa? El periodista, también incrédulo, se unió al editor en la fácil tarea de caricaturizar el invento. Pertenecían ambos a la nueva especie de periodistas, muchachos jóvenes, alegres y en extremo irreverentes.

—El corresponsal especial que hemos enviado en busca de noticias a pasado mañana...—exclamaba el periodista, en el momento en que reaparecía el Explorador del Tiempo, el cual cambiado ya de ropa, a excepción de sus ojos huraños, había perdido aquel aspecto que tanto me había inquietado...

—Me dicen estos señores—dijo el editor riendo,—que acaba usted de regresar de un viaje a través de la semana próxima. ¿No podría usted adelantarnos algo sobre política? ¿Cuánto pide usted por la información?

Se sentó el Explorador del Tiempo sin pronunciar una palabra, y sonrió tranquilamente, con su fina sonrisa habitual.

—¿Dónde está mi carnero?—preguntó.—¡Oh, qué placer poder aún hundir el tenedor en esta carne!

—¡Venga la historia!—gritó el editor.

—¡Al diablo las historias!—exclamó el Explorador del Tiempo.—Siento necesidad de comer, y no diré una sola palabra, mientras no haya pasado a mis arterias un poco de peptona. Déme usted la sal. Gracias.

—Una sola palabra—dije.—¿Regresa usted de explorar el Tiempo?

—Sí—contestó, con la boca llena, moviendo la cabeza.

—Doy un chelín por cada línea, del relato completo—dijo el editor.

El Explorador empujó su copa, haciéndola sonar con su uña, hacia el hombre silencioso; éste, que embobado le contemplaba, sobresaltóse convulsivamente y la llenó de vino. La cena terminó en un ambiente de malestar general. Por mi parte, contuve a duras penas las repentinas preguntas que pugnaban por salir de mis labios, y estoy seguro que a los demás les sucedía lo mismo. Intentó inútilmente el periodista calmar con sus anécdotas, la extraordinaria tensión de nuestros espíritus. El doctor, fumando un cigarrillo, contemplaba a través de sus párpados medio cerrados al Explorador, el cual sólo se ocupaba de comer con la voracidad de un hambriento. El hombre silencioso parecía aún más huraño que de ordinario y vaciaba su copa de *champagne* con una regularidad y decisión puramente nerviosas. Al fin, nuestro huésped, poniendo a un lado el plato, nos miró y dijo:

http://win10.io

—Debo presentarles mis excusas, pero me moría verdaderamente de hambre. He pasado algunos momentos sorprendentes.

Extendió la mano, cogió un cigarro y cortó la punta.

—Vamos al fumador. Es una historia demasiado larga para relatarla entre platos grasientos.

Y levantándose, nos condujo a la vecina estancia.

—¿Habló usted de la Máquina a Blank y a los demás?—me preguntó ladeándose en su sillón.

—Pero eso no es más que una sencilla paradoja—exclamó el editor.

—Yo deseo explicarles la historia, pero no discutirla. No me hallo en disposición de discutir esta noche. Voy a contarles, todo lo que me ha sucedido, pero les ruego que se abstengan de interrumpirme. Deseo contarlo todo. Comprendo que la mayor parte de lo que relate les parecerá fantástico. ¡Es natural! Y sin embargo, es verdad; es verdad hasta mi última palabra, cualquiera que ésta sea. He vivido ocho días, tales, que no creo que sér humano los haya vivido jamás. Estoy casi agotado, pero no me iré a dormir sin antes haberlo dicho todo. Después me iré a descansar. Pero nada de interrupciones. ¿Convenido?

—¡Convenido!—dijo el editor.

—¡Convenido!—repetimos todos.

Entonces el Explorador del Tiempo empezó a contar su historia tal como luego la escribo. Se

arrellenó en su sillón y habló en el tono de una persona fatigada, aunque fué animándose paulatinamente. ¡Ah, cuán vivamente siento, al escribir, lo inadecuado de la pluma y el papel, así como mi propia insuficiencia para expresar en todo su valor lo que oí aquella noche! Aunque supongo que leeréis atentamente, no os será dable ver, en el círculo luminoso de la pequeña lámpara, el pálido y franco rostro del narrador, ni podréis, tampoco, oir las inflexiones de su voz. Nada podréis saber de cómo cambiaba su expresión, siguiendo las fases del relato. La mayoría de nosotros escuchábamos en la sombra, pues las bujías de los candelabros del fumador no habían sido encendidas, quedando tan sólo iluminadas la cara del periodista y las piernas del hombre silencioso.

Al principio, nos mirábamos unos a otros; pero poco después, nuestra vista quedó fija en el rostro del Explorador del Tiempo.

http://win10.io

CAPITULO IV

La Exploración del Tiempo

«Ya expuse a alguno de ustedes, el pasado jueves, los principios de mi máquina para viajar en el Tiempo, que les enseñé tal como entonces se hallaba, aún sin acabar. En mi laboratorio sigue, aunque, a decir verdad, un poco maltrecha por el viaje. Uno de los travesaños de cobre está retorcido, y rota una de las barras de marfil; el resto no ha sufrido nada. Creí terminarla el viernes, pero el viernes mismo, cuando ya el montaje tocaba a su fin, me di cuenta de que uno de los barrotes de níquel, era corto de algo más de una pulgada y tuve que hacer otro; de manera que no pude concluir la máquina hasta esta misma mañana. La examiné por última vez, asegurándome de la solidez de sus tornillos; puse

una última gota de aceite en las varillas de cuarzo y me instalé en la silla. Así, pues, ha sido hoy, a las diez de la mañana, cuando la primera máquina para viajar en el Tiempo comenzó su vida. Supongo que el que, intentando quitarse la vida, apoya contra su frente el cañón de una pistola, debe experimentar idéntica sensación de curiosidad por lo que va a suceder luego a la que yo sentía entonces. Cogí con una mano la palanca de marcha, y el freno de parada con la otra; apreté la primera, e inmediatamente el segundo. Creí vacilar, bambolearme, y experimenté la sensación de una caída como en una pesadilla. Mirando a mi alrededor, vi mi laboratorio exactamente como antes. ¿Había ocurrido algo? Por un instante creí que mi cerebro me había jugado una mala pasada. Fijéme entonces en el reloj; un momento antes marcaba, estoy seguro, las diez y un par de minutos... ¡Al mirarlo, ahora, eran cerca de las tres y media!

Tomé aliento, apreté los dientes, y empuñando con ambas manos la palanca de movimiento, partí de una vez. El laboratorio se hizo cada vez más brumoso, más oscuro. Entró la criada y dirigióse, sin verme, al parecer, hacia la puerta del jardín. Supongo necesitó un minuto quizás para atravesar la habitación, pero a mí hízome el efecto de haber sido lanzada de una puerta a otra como una bala. Apreté la palanca hasta su posición más extrema. Vino la noche con la rapi-

http://win10.io

dez con que se apaga una lámpara. Un instante después me hallé en el día siguiente. Se oscurecía el laboratorio más y más a cada momento y llegó otra vez, en sombras, la noche de mañana; luego, de nuevo el día, y otro, tras una nueva noche, y después noches y días, sucediéndose cada vez con mayor rapidez. Un vertiginoso murmullo llenaba mis oídos y todo mi sér se hundía en una misteriosa confusión.

No creo poder expresar las singulares sensaciones de un viaje a través del Tiempo. Son en extremo desagradables. Era la sensación exacta de una caída en el vacío. Experimenté asimismo la horrible sensación de un aplastamiento inminente e inevitable. Durante esta carrera, la noche sucedía al día con la rapidez del batir de una gran ala negra. Desapareció pronto la ensombrecida visión del laboratorio y vi al sol dar precipitados saltos en el firmamento a cada minuto, marcando cada minuto un día. Pensé que el laboratorio había sido destruído y que me encontraba en pleno aire y tuve la vaga impresión de estar escalando andamiajes, pero era ya demasiado rápida mi marcha para poder darme cuenta de lo que me rodeaba. El caracol más lento, saltaba tan aprisa que no podía verle, y la centelleante sucesión de claridad y tinieblas se hacía en extremo penosa a la vista. Luego, en las intermitentes tinieblas, veía recorrer rápidamente sus fases y vislumbraba débilmente las revoluciones de las estrellas. Luego, mientras avanzaba en

creciente velocidad, la palpitación del día y de la noche se fundió en un tinte gris continuo. El cielo revestía una admirable profundidad azul, un espléndido matiz luminoso como el de un crepúsculo matinal; el sol, con sus continuos saltos. llegó a convertirse en un solo reguero de fuego, en un arco luminoso en el espacio; la luna en una faja ondulante más débil, y ya no vi las estrellas, sino, de cuando en cuando, un círculo brillante y trémulo.

El ambiente era brumoso y vago; me encontraba aún al lado de la colina en que está edificada esta casa y la terraza, gris y confusa, se elevaba por encima de mí. Vi los árboles crecer y cambiar instantáneamente, ya secos, ya verdes; crecían, extendían sus ramas, se desgajaban y desaparecían. Vi inmensos edificios elevarse vagos y espléndidos y pasar como en sueños. La superficie entera de la tierra parecía cambiada, ondulando y desvaneciéndose a mis ojos. Las finas agujas de los cuadrantes que registraban mi velocidad corrían más y más aprisa, y noté que el círculo luminoso del sol pasaba en menos de un minuto de un solsticio a otro; y que iba, yo, por consiguiente, a una velocidad superior a un año por minuto; y de minuto en minuto, aparecía y se desvanecía la blanca nieve sobre la tierra, sin transición, seguida del brillante y fino verdor de primavera.

Las desagradables impresiones de la partida fueron haciéndose menos punzantes, hasta con-

http://win10.io

vertirse pronto en mí, en una especie de nerviosa hilaridad. Notaba, mientras tanto, un pesado balanceo de mi máquina, cuya razón no acertaba a explicarme, incapaz en aquellos momentos mi espíritu, turbado y confuso, de prestar gran atención, lanzándome en el porvenir en una especie de creciente locura, en medio de la cual, no pensaba en detenerme, ni en otra cosa que en gozar de nuevas sensaciones. Sin embargo, pronto empezaron a asaltarme otra clase de impresiones, mezcla de curiosidad y temor, que se apoderaron a poco completamente de mí. ¡Qué raras evoluciones de la humanidad, qué de progresos maravillosos sobre nuestra civilización no iba yo a contemplar, cuando pudiere ver de cerca este mundo vago e ilusorio que ante mis ojos ondulaba y se extendía! Veía por doquier elevarse monumentos de magnífica arquitectura, más sólidos que ninguno de los edificios de nuestra época; y sin embargo, me parecían hechos de niebla y pálida claridad. Vi un más hermoso verdor extenderse por la campiña y permanecer en ella sin intervalo alguno de invierno, y aun a través del velo que me hacía confusas las cosas, la tierra parecía más bella. Y tuve la idea de detener ya la máquina.

El mayor peligro que se me presentaba era el de encontrar algún nuevo objeto en el lugar que con la máquina ocupaba. Por más y más tiempo que a toda velocidad viajase, no había en ello cuidado alguno, pues estaba, por decirlo así, anu-

lado, y me deslizaba como el humo a través de los intersticios de sustancias interpuestas; pero detenerse suponía quizás estrellarme, molécula por molécula, contra lo que podía hallarse a mi paso, implicando todo ello un tan íntimo contacto de mis átomos con los del obstáculo, que podía resultar una profunda reacción química, quizás una formidable explosión, que me mandase, a mí y a mi aparato fuera de toda dimensión posible... *a lo Ignoto*. Esta posibilidad se había muy a menudo presentado a mi mente; siempre la había mirado como un peligro necesario, uno de esos peligros que debe siempre aceptar un hombre; pero ahora que se me presentaba como inevitable no me era posible pensar en ello con la misma indiferencia.

El hecho es que, insensiblemente, la absoluta extrañeza de todo, el movimiento de la máquina, y sobre todo, la sensación de una caída sin fin, habían alterado por completo mis nervios. Me decía a mí mismo que ya no podría detenerme, y en un momento de aturdimiento resolví hacerlo en el acto. Con insensata impaciencia, corrí la palanca, y en el acto creí oir el estampido de un trueno y quedé un momento aturdido. Luego, me encontré sentado en un terreno blando, ante mi máquina volcada; sobre mí caía, silbando, una terrible granizada. Todo me parecía aún gris, pero pronto noté que había cesado aquel ruido confuso en mis oídos. Me encontraba, al fin, seguro sobre algo que parecía un pequeño prado,

http://win10.io

en un jardín rodeado de macizos de rododendros, cuyos pétalos, violados y purpúreos, llovían sobre el suelo impelidos por las avalanchas de granizo que sobre la máquina caía y rebotaba en el suelo como una humareda. En un momento, quedé calado hasta los huesos.

—Excelente hospitalidad — dije, — para con un hombre que ha recorrido por veros infinidad de años.

Se me ocurrió al fin que era una estupidez dejarse mojar, y levantándome, busqué con la mirada un refugio. Una colosal figura, esculpida al parecer en piedra blanca, aparecía, aunque indistinta, más allá de los rododendros a través del brumoso chubasco. El resto del mundo permanecía invisible.

Sería difícil describir mis sensaciones. Aclarándose poco a poco la granizada, percibí más distintamente la blanca figura, que debía ser en extremo alta, pues un cercano abedul apenas se elevaba hasta su hombro. Estaba hecha en mármol blanco y recordaba por su forma una alada esfinge, cuyas alas, no estaban replegadas, sino completamente extendidas, de modo que parecía volar. El pedestal parecía de bronce, aunque cubierto de una espesa capa de cardenillo. Sus ojos sin mirada parecían observarme y entre sus labios se dibujaba la débil sombra de una sonrisa. Su conjunto, bastante maltratado por el tiempo, producía la desagradable impresión de estar roído por una enfermedad. La examiné un

rato, quizás un minuto, media hora quizás, pareciéndome que retrocedía o avanzaba, según caía, entre ella y yo, más o menos espeso el granizo. Al fin, volví los ojos y vi que las nubes se desvanecían, aclarándose el cielo con la promesa del sol. Volví a dirigir la mirada a la estatua y súbitamente apareció ante mis ojos toda la temeridad de mi viaje. ¿Qué pasaría, cuando la espesa cortina de bruma, que hasta entonces me había disimulado, se disipase del todo? ¿Qué hacer, si fuese allí una pasión común la crueldad? ¿Qué hacer, si la raza, durante este intervalo, hubiese perdido sus sentimientos humanitarios y se hubiese desenvuelto en un sentido inhumano y odioso? Y podía parecerles algún animal salvaje de la antigüedad, tanto más horrible y repugnante a causa de nuestro parecido; un ser perjudicial al que era preciso matar.

Desde este momento percibí a través de la apaciguada tormenta otras vastas formas, inmensos edificios con complicados parapetos y altas columnas, al borde de una colina que descendía dulcemente hasta mí. Fuí presa del terror y corrí frenético hacia mi máquina, probando de componerla con violentos esfuerzos. Durante este tiempo, los rayos del sol se abrieron paso entre las amontonadas nubes; la torrencial lluvia paró y se desvaneció como la talar vestidura de un fantasma. Sobre mí, en el intenso azul del cielo de verano, algunos leves jirones de las nubes se arremolinaban y disgregábanse. Los grandes

http://win10.io

edificios que me rodeaban se elevaban claros y distintos, brillantes bajo la acción del reciente aguacero, resaltando sobre el fondo blanco del granizo, aun no fundido, que se amontonaba a lo largo de sus tapias. Me sentía como en un mundo extraño y experimentaba lo que quizás siente el pajarillo en el aire claro, cuando ve al buitre que se cierne para abatirse sobre él. Mi miedo degeneraba en frenesí, y resoplando fuertemente, ayudándome con los puños y las rodillas, me hice con la máquina, aprisa, furiosamente, con los dientes apretados: a mi desesperado esfuerzo cedió y enderezóse, dándome un violento golpe en la barbilla. Con una mano en el sillín y la otra sobre la palanca, permanecí inmóvil, jadeando sordamente, presto a partir.

Pero con la seguridad de una rápida retirada recobré el valor. Consideré con más curiosidad y menos temor aquel mundo de un lejano futuro. Por una redonda ventana, a bastante altura en la pared del edificio más cercano, vi un grupo de seres, vestidos con ricos y finos trajes. No podía dudar que me habían visto, pues sus rostros estaban vueltos hacia mí.

Oí entonces voces que se aproximaban y a través de los macizos que rodeaban la Blanca Esfinge, ví las cabezas y los hombros de personas que corrían, desembocando una de ellas por un sendero que llevaba en derechura al pequeño prado donde con mi máquina me encontraba. Era una delicada criatura, de unos cuatro pies de alto, vestida con una túnica purpúrea, que mantenía ajustada al talle por un ceñidor de cuero. Unas sandalias, que no pude ver distintamente, cubrían sus pies; sus piernas estaban desnudas hasta la rodilla y llevaba la cabeza descubierta. Haciendo estas observaciones, me apercibí por primera vez de la extrema dulzura del aire.

Quedé sorprendido por el aspecto de esta criatura, muy bella y graciosa, pero asombrosamente frágil. Sus rosadas mejillas me recordaban los bellos rostros de aquella hética hermosura de que tanto se nos ha hablado. Al contemplarla recobré repentinamente la confianza y mis manos abandonaron la máquina.

http://win10.io

CAPITULO V

En la Edad de Oro

»En un instante estuvimos, este sér delicado y yo, cara a cara. Adelantóse sin titubear y echóseme a reir en mis propias narices, sorprendiéndome grandemente de la ausencia en su continente de cualquier signo de temor. Luego, volviéndose hacia otros dos que le seguían, les habló en una lengua extraña, dulce y armoniosa.

Llegaron aún varios más y pronto reuní a mi alrededor un grupo de una docena de aquellos exquisitos seres, uno de los cuales me dirigió la palabra. Creyendo que mi voz era demasiado profunda y demasiado ruda para ellos, sin hablar, moví la cabeza, y mostrándole mis oídos, movila de nuevo. Dió él un paso hacia adelante, vaciló un momento y tocó luego mi mano.

Inmediatamente sentí varios pequeños y delicados tentáculos en mis hombros y espalda, como si quisieran comprobar si era un sér real. No había en esto nada alarmante y en el proceder de estos simpáticos y pequeños seres, había algo que inspiraba confianza, una graciosa gentileza y cierta tranquilidad infantil. Por lo demás, parecían tan débiles, que creía poder derribar el grupo entero como un minúsculo juego de bolos. Hice un repentino movimiento cuando vi sus manecitas tocar la Máquina. Felizmente, cuando todavía era tiempo, vi el peligro del que no me di antes cuenta. Alcancé las barras de la máquina y destornillando las palancas que la podían poner en movimiento, las guardé en mi bolsillo. Después, procuré encontrar la manera de poder comunicar con mis huéspedes.

Examinando más de cerca sus facciones, me di cuenta de nuevos detalles en aquellas lindas porcelanas de Dresden... Sus cabellos, que caían en bucles uniformes, terminaban bruscamente sobre las mejillas y el cuello; no tenían en su rostro el menor indicio de pelo. Sus orejas eran singularmente pequeñas; la boca pequeña, y los labios, más bien delgados, eran de un color rojo vivo. El mentón era pequeño y terminaba en punta. Tenían los ojos grandes y dulces, y (quizás parezca esto un poco egoísta por mi parte), creí encontrar entonces que les faltaba algo de aquel interés que en un principio les había supuesto.

http://win10.io

Como quiera que ningún esfuerzo hacían para comunicarse conmigo, sino que se contentaban con rodearme, sonriendo y conversando entre sí, en un tono dulce y acariciador, probé yo mismo de entablar conversación. Con el dedo les señalé la máquina y luego a mí mismo; después, dudando cómo expresar la idea de Tiempo, indiqué con el dedo el Sol. Al punto, un lindo y gracioso pequeño sér, vestido con una abigarrada túnica blanca y roja, siguió mi ademán, y con extrañeza por mi parte, imitó el ruido del trueno.

Pasé por un momento de estupor, a pesar de que la significación de su gesto me pareció bastante clara. Me vino a la mente una idea. ¿Acaso estaban locas aquellas criaturas? No sé si comprenderán ustedes cómo se me ocurrió este pensamiento. Ustedes saben que siempre he creído firmemente que los que vivirán en el año ochocientos dos mil nos habrán adelantado de increíble manera en ciencias, en arte y cualquier otra cosa; y he aquí que uno de ellos me hace pregunta tal, que le coloca en el nivel intelectual de un niño de cinco años. ¡Preguntarme si había venido del Sol con la tempestad! Echaba aquello completamente por tierra la opinión que de ellos había formado, atendiendo a sus vestidos, sus delicados miembros y sus finas facciones. Experimenté una inmensa contrariedad. Durante un momento, creí que era inútil mi invento de la Máquina del Tiempo.

Incliné la cabeza, indiqué nuevamente el Sol

y logré imitar tan a la perfección el estampido del trueno, que les hice estremecer; retrocedieron algunos pasos y se inclinaron. Entonces, uno de ellos avanzó riendo hacia mí, portador de una guirnalda de flores magníficas y frescas, para mí cogidas, y me la pasó alrededor del cuello. Su acto fué acogido con aplausos y pronto pusiéronse todos a correr de acá para allá, cogiendo flores y tirándomelas entre risas, tan abundantes, que a poco estuve literalmente ahogado bajo la perfumada avalancha. Ustedes, que no han visto jamás, nada parecido, no pueden llegarse a imaginar qué flores maravillosas y delicadas pueden crear infinitos años de cultivo. Sugirió entonces uno de ellos la idea de que «su juguete» debía ser exhibido en el cercano edificio, y conducido hacia un vasto monumento de piedra gris, al otro lado de la Esfinge de mármol blanco, que no había cesado de observarme, sonriéndose de mi asombro. Mientras les seguía, el recuerdo de mi antigua fe y confianza en una posteridad grave e intelectual apareció en mi mente bajo una forma jocosa y divertida.

El edificio tenía una entrada imponente y era de dimensiones colosales. Desde luego, yo estaba demasiado ocupado con la creciente locura de los pequeños seres y con los grandes portales que ante mí se alzaban, misteriosos y oscuros. Mi impresión general del mundo que me rodeaba, era la de una gran profusión de arbustos y flores admirables, de un jardín largo tiempo abandonado y

http://win10.io

no obstante sin malas hierbas. Vi gran número de extrañas flores blancas, de largas espigas, que medían alrededor de un pie en toda la extensión de sus pétalos de cera. Crecían dispersas, como flores silvestres, entre los variados arbustos, pero no pude examinarlas atentamente. La máquina quedó abandonada, sobre el prado, entre los rododendros.

El arco de la entrada estaba ricamente esculpido, y aunque no pude observar de cerca las esculturas, me pareció ver al pasar, diversos motivos de antiguos decorados fenicios, sorprendiéndome al verlas tan viejas y mutiladas. Encontré en el umbral de la puerta diversidad de gentes, aun más brillantemente vestidas, y de esta guisa entramos, yo, ataviado con los ya algo ajados vestidos estilo siglo diez y nueve, de grotesco aspecto, rodeado de una masa, de un torbellino de trajes, de brillantes y dulces matices, y de miembros blancos y delicados, en una confusa algarabía de risas y alegres exclamaciones.

El gran portal conducía a una sala relativamente grande, cubierta de alfombras sombrías. El techo permanecía en la oscuridad, y las ventanas, guarnecidas, en parte, de vidrios de color, dejaban penetrar una luz tamizada. El suelo estaba formado de un metal muy blanco y duro, no en placas, ni losas, sino en grandes bloques; y los profundos surcos que en los lados más frecuentados se notaban, hacíanme pensar en el paso de innumerables generaciones. Había a todo lo largo,

multitud de mesas de piedra pulimentada, a un pie del suelo, llenas de diversas frutas. Creí reconocer algunas, como una especie de frambuesas y de naranjas hipertrofiadas, pero la mayor parte me eran desconocidas.

Los pasadizos que entre sí dejaban las mesas se hallaban llenos de almohadones, sobre los cuales se sentaron mis guías, invitándome, por medio de signos, a que hiciera yo otro tanto. Y en una agradable ausencia de ceremonias, empezaron a comer las frutas, con las manos, tirando las pieles, los huesos, y los demás residuos en unas aberturas redondas practicadas a los lados de las mesas. No tardé en seguir su ejemplo; pues tenía hambre y sed, y pude, mientras comía, examinar a placer la sala.

Lo que quizá llamó más mi atención fué su aspecto deteriorado. Las cortinas, que cubrían la extremidad inferior de la sala, estaban cubiertas de polvo, y las vidrieras, representando dibujos geométricos, estaban rotas, lo mismo que el ángulo de la mesa en que yo comía. De todos modos, el aspecto general era en extremo rico y pintoresco. Había allí, comiendo conmigo, quizás un par de centenares de aquellos seres cuya mayor parte, que habían venido a sentarse lo más cerca posible de mí, me observaban con interés, brillándoles de satisfacción los ojos. Todos iban vestidos con la misma tela sedosa, suave y sólida.

Por lo demás, las frutas constituían su úni-

http://win10.io

co alimento. Esas gentes de un lejano futuro, eran estrictamente vegetarianas, y mientras permanecí entre ellos, a pesar de mis deseos de comer carne, preciso me fué ser frugívoro. Bien es verdad que los frutos eran deliciosos; especialmente uno de ellos, de harinosa pulpa, dentro de una cáscara triangular, era tan notablemente sabroso, que de él hice, mientras allí estuve, mi predilecta comida. En un principio no dejé de encontrarme algo molesto con tanto fruto y flor rara, pero más tarde empecé a apreciar su valor.

Tan pronto me hallé algo restaurado con esa frugal comida, me decidí a probar de aprender resueltamente todo lo que buenamente pudiera del idioma de mis nuevos compañeros. Evidentemente, era lo primero que debía hacer. Me parecieron muy apropiados, para entrar en materia, los propios frutos de la comida; y así, tomando uno, intenté una serie de sonidos, acompañados de gestos interrogativos. Experimenté con ello una considerable dificultad en dar a comprender mi intento, pues sólo obtuvieron mis esfuerzos miradas de sorpresa y risas inextinguibles; pero de pronto, una de aquellas pequeñas criaturas, pareció comprender el objeto de mi mímica y repitió un nombre. Charlaron, explicándose largo rato la cosa unos a otros, y mis primeras tentativas de imitar los exquisitos sonidos de su dulce lenguaje, parecieron divertirles enormemente sin afectación alguna, aunque también sin cortesía. Mientras tanto, me hacía yo

el efecto de un maestro de escuela rodeado de chicuelos, y gracias a mi tenacidad, pronto me hallé en posesión de una veintena de palabras, por lo menos; luego, llegué a los pronombres demostrativos e incluso al mismo verbo comer; pero fué esto cosa larga, y pronto se cansaron de ello los pequeños seres, demostrando incluso el deseo de rehuir mis preguntas; de modo que, obligado por las circunstancias, resolví aprender mis lecciones por pequeñas dosis, y a medida que las ocasiones se fuesen presentando. No tardé en darme cuenta de que dichas dosis serían ínfimas, pues nunca he visto gente más indolente y más fácilmente fatigable.

http://win10.io

CAPITULO VI

El Ocaso de la Humanidad

»Pronto hice el raro descubrimiento de que mis pequeños huéspedes no se interesaban realmente por nada. Como niños se acercaban a mí llenos de curiosidad y con gritos de sorpresa, pero, como niños también, bien pronto dejaban de examinarme y alejábanse en demanda de cualquier bagatela. Después de la comida y de mis intentos de conversación, me dí por primera vez cuenta de que todos aquellos que me habían rodeado a mi llegada se habían marchado ya, siendo así mismo notable el poco caso que al poco tiempo llegué yo mismo a hacer de esos pequeños personajes. Mi hambre y mi curiosidad estaban ya satisfechas, y volvíme, franqueando el pórtico, a la claridad del sol. Encontraba sin cesar nue-

vos grupos de esos seres humanos del porvenir, que reían y murmuraban acerca de mí, y que, luego de haberme sonreído y hecho algún amistoso gesto, me abandonaban a mis reflexiones.

Cuando salí del vasto edificio, la calma del atardecer descendía sobre la tierra, estando tan sólo iluminada la escena por las cálidas púrpuras del sol poniente. Todas las cosas me parecían confusas; tan diferente era todo, hasta las flores, del mundo que yo conocía. El vasto edificio que acababa de dejar, estaba emplazado en la pendiente que conducía a un gran río; pero el Támesis corría a una milla aproximadamente de su situación actual. Resolví trepar, a milla y media de allí, a la cima de la colina, desde donde podría arrojar una más extensa ojeada sobre esta parte de nuestro planeta en el año de gracia de ochocientos dos mil setecientos uno, pues tal era, y ya debí decirlo, la fecha que indicaban los pequeños cuadrantes de la máquina.

Mientras avanzaba, estaba atento a toda impresión que de algún modo pudiera explicarme el por qué del ruinoso esplendor en medio del cual me encontraba, pues todo tenía la apariencia de ruinas. Por ejemplo, subiendo la colina y a poca distancia, había una porción de bloques de granito religados por masas de aluminio, un extenso laberinto de muros perpendiculares, entre los cuales crecían espesos matorrales de plantas muy hermosas, en forma de pagoda, semejantes a las ortigas, pero no punzantes, maravillosamente te-

http://win10.io

ñidas de un oscuro color. Se trataba, sin duda, de los restos de alguna vasta construcción elevada con un objeto desconocido y que no podía yo determinar. Era en aquel mismo lugar donde, algo después, debía yo hacer una experiencia bien extraña por cierto, primer indicio de un descubrimiento aún más extraño, del que ya les hablaré a ustedes oportunamente.

Desde una especie de terraza donde descansé un instante, miré en todas direcciones a impulsos de una súbita idea y no vi por ninguna parte, casas o habitaciones. Aparentemente el hogar familiar, y quizás la misma familia, no existían ya. Aquí y allá, entre el verdor, se alzaban una especie de palacios, pero la «villa», la casa aislada que da tan característica fisonomía al paisaje inglés, había desaparecido.

—El comunismo—me dije.

E inmediatamente otro pensamiento asaltóme. Examiné la media docena de pequeños seres que me seguían y dime repentina cuenta de que todos tenían la misma forma de traje, el mismo rostro imberbe y delicado, y la misma blandura y suavidad de miembros, al igual que muchachitas. Sin duda, les parecerá extraño que no me hubiese dado antes cuenta de ello, pero todo se sucedía de un modo raro. Por el traje y las diferencias del tejido y del corte, por el aspecto y la manera de andar por la que distinguimos los sexos, aquellos humanos del futuro eran en todo idénticos, y a mis ojos, los niños, me parecían

nada más que miniaturas de sus padres. Estos chiquillos, físicamente, por lo menos, me parecían en extremo precoces, cosa que pude luego comprobar.

La tranquilidad y seguridad en que estas gentes vivían, me hacían creer que esta semejanza de los sexos, era, después de todo, lo que debía esperarse, pues la fuerza del hombre y la debilidad de la mujer, la institución de la familia y las diferenciaciones de ocupación, son necesidades inherentes a una edad de fuerza física. Donde la población es abundante y equilibrada, los numerosos nacimientos son para el Estado un mal, quizás, más que un bien; donde es rara la violencia y la propagación de la especie es relativamente segura, hay menos necesidad, o en realidad ninguna necesidad, de una familia efectiva; y la especialización de los sexos, en relación a las necesidades de los niños, desaparece. Algunos indicios encontramos actualmente de lo que en esa edad futura era un hecho. Esto—debo recordárselo a ustedes,—no es más que una simple conjetura que hacía en aquellos momentos, pues bien hube de apreciar, más tarde, hasta qué punto estaba mi idea fuera de toda realidad.

Mientras con estas cosas me entretenía, me llamó la atención una bonita y pequeña construcción, como un pozo bajo una cúpula, haciéndome considerar cuán extraño era la existencia de un pozo entre todas aquellas cosas nuevas. No había por aquel lado de la colina ningún gran edificio y

http://win10.io

pronto me encontré solo por primera vez. Con una extraña sensación de libertad y de aventura en el alma, trepé hacia la cúspide.

Encontré allí un asiento hecho de un metal amarillo que no pude reconocer, corroído por una especie de rojiza herrumbre y casi cubierto de blando musgo, los brazos del asiento, modelados y pulidos, representaban cabezas de perro. Sentéme y contemplé el espectáculo de nuestro viejo mundo a los rayos del sol, que se ocultaba después de aquel largo día. Fué uno de los más bellos y agradables espectáculos que jamás haya podido ver. El Sol franqueaba ya el horizonte, y el Oeste brillaba en llamas de oro y rayas horizontales de púrpura y escarlata. Abajo quedaba el valle del Támesis, por donde se deslizaba el río como una cinta de bruñido acero. He hablado ya de los grandes palacios que punteaban de blanco el verdor, algunos ya en ruinas; ocupados, otros. Aquí y allá se elevaba alguna forma blanca o plateada en el desolado jardín de la tierra, y aquí y allá surgía la dura línea vertical de algún monumento con su cúpula. Ninguna cerca, ningún signo de propiedad particular, ninguna apariencia de agricultura; se había convertido la tierra entera en un inmenso jardín.

Observando estos hechos, empecé por ellos a buscar una interpretación, y he aquí la forma que tomó entonces y cuál fué el sentido de ella. Después comprendí no haber hallado más que una

media verdad y no haber asimismo entrevisto más que una faceta de ella.

Creí haber llegado a la época del declinar del mundo. El rojo crepúsculo, evocó en mi espíritu el ocaso de la humanidad. Por vez primera, empecé a entresacar una extraña consecuencia del esfuerzo social en que estamos al presente empeñados; y sin embargo, observen ustedes que, aunque extraña, es una consecuencia bastante lógica. La fuerza es el resultado de la necesidad: la seguridad alimenta y favorece la debilidad. La obra de mejoramiento de las condiciones de la existencia, el verdadero progreso de la civilización que hace más segura la vida, disminuyendo la inquietud, había seguido su persistente marcha. Los triunfos de la humanidad unida sobre la Naturaleza habíanse sucedido sin cesar. Cosas que no son actualmente más que sueños, habían sido ejecutadas deliberadamente. ¡Y lo que yo veía eran las consecuencias!

Después de todo, la actividad de hoy, las condiciones sanitarias, la agricultura, son aún rudimentarias. La ciencia de nuestra época no ha atacado más que a una pequeña parte del campo de las humanas enfermedades; a pesar de ello, extiende sus operaciones de un modo firme y persistente. Nuestra agricultura y horticultura apenas destruyen una hierba mala y cultivan, quizás, alrededor de una veintena de plantas útiles. Mejoramos nuestras plantas y nuestros animales favoritos por cruce y selección; ya un nuevo y más

http://win10.io

sabroso melocotón, ya un racimo sin pepitas, ya una flor más bella y más perfumada, ya una especie de ganado más adaptado a nuestras necesidades. Los mejoramos gradualmente, porque, siendo muy limitado nuestro conocimiento de las cosas, nuestra penetración es vaga y vacilante, y porque hasta la misma Naturaleza se muestra tímida y lenta en nuestras inhábiles manos; pero de día en día todo irá mejor, bajo el impulso de la corriente, aun a despecho de los reflujos. El mundo entero será inteligente e instruído y marcharán todas las cosas más y más rápidamente a la subyugación de la Naturaleza, hasta ajustar al fin, sabia y cuidadosamente, el equilibrio de las vidas animal y vegetal, adaptándolas a nuestras humanas necesidades.

Este ajuste de equilibrio, me decía, debe de haber sido hecho y bien hecho de una vez, en el espacio de tiempo a través del cual había saltado mi máquina. Ni moscas, ni mosquitos, en el aire; ni malas hierbas, ni fangosidades, en el suelo; por doquier brillantes mariposas revoloteando de acá para allá. Estaba logrado el ideal de la medicina preventiva. Las enfermedades habían sido exterminadas y ningún indicio vi de contagiosa enfermedad durante toda mi jornada, así como, según les explicaré luego, los procesos que conocemos de putrefacción y corrupción habían sido también afectados profundamente por estas mudanzas.

Se habían alcanzado muchos triunfos sociales.

Vi a la humanidad albergada en espléndidos asilos, suntuosamente vestida, y no vi a nadie, en absoluto, ocupado en un menester cualquiera. Ningún signo en parte alguna de lucha, de debate social o económico. La tienda, la propaganda, el tráfico, todo el comercio que forma la vida de nuestro mundo, no existía ya. Las dificultades que origina el rápido aumento de población, habían sido vencidas y la población había dejado de aumentar. Así, pues, no es de extrañar que durante aquella resplandeciente tarde, acogiese con cariño la idea de un paraíso social.

Ahora bien; este cambio de condiciones, inevitablemente ha de traer consigo las adaptaciones a tal cambio, y a menos que la ciencia no sea más que un revoltijo de errores, ¿cuál es la causa de la fuerza y de la inteligencia humana? Las dificultades y la libertad, bajo cuyas condiciones sobreviven los individuos activos, listos y vigorosos y mueren los más débiles, condiciones que favorecen la paciencia, el dominio de sí mismo, la decisión y la leal alianza de las personas capaces. La institución de la familia y las emociones que de ello resultan: los celos feroces, el cariño hacia la progenitura, la abnegación de padre y madre, todo encuentra su justificación y apoyo en los peligros que amenazan a los jóvenes. Pero en este otro caso, ¿dónde están esos inminentes peligros? Un nuevo sentimiento nace y se eleva contra los celos conyugales, contra la maternidad indómita, contra toda especie de

http://win10.io

pasiones; cosas innecesarias e incómodas, atavismos salvajes e inarmónicos en una vida agradable y refinada.

Pensando en la debilidad física de aquellas gentes, en su falta de inteligencia y en aquellas numerosas y enormes ruinas, sentía confirmarse mi idea de una completa conquista de la Naturaleza, pues tras la lucha viene la calma. Había empleado la humanidad toda su superabundante vitalidad, toda su fuerza, toda la inteligencia y energía de que era capaz, en la transformación de las condiciones de vida, y ahora venía, naturalmente, la reacción de esos medios cambiados.

Bajo esas nuevas condiciones de seguridad y tranquilidad perfecta, la incesante energía que es nuestra fuerza ha de convertirse en debilidad. Así, también, ciertas tendencias y deseos, necesarios en otro tiempo para la vida, son constantes orígenes de debilidad. El valor físico, por ejemplo, y el amor por las batallas, tras no ser para el hombre civilizado de gran utilidad, pueden convertirse en obstáculos. En un estado de seguridad y equilibrio físico, la potencia intelectual, así como la física, estaría como fuera de lugar. Resumí, por todo esto, que durante innumerables años ningún peligro de guerras, ni de violencias aisladas, ningún peligro de animales salvajes, ninguna enfermedad asoladora, habíanse dejado sentir, requiriendo la fuerza de constitución o haciendo experimentar la necesidad de una

actividad cualquiera. Para una vida tal, aquellos que llamaríamos los débiles, hállanse tan suficientemente preparados como los fuertes, y tal vez más, pues no estarían atormentados por una energía latente, para la cual no habría salida alguna. Es indudable que la exquisita belleza de los edificios que veía era el resultado de los últimos esfuerzos de la energía, actualmente sin objeto, de la humanidad, antes que lograse alcanzar su perfecta armonía con las condiciones en que vivía, en el florecer de su triunfo, que fué el comienzo de la última gran paz. Siempre fué este el fin de la energía en seguridad: se inclina primero hacia el arte y el erotismo y languidece y decae luego.

Del mismo modo, este impulso artístico debe al fin debilitarse y desaparecer, y había ya casi desaparecido en la época en que me hallaba. Adornarse de flores, cantar y danzar al Sol, era lo que quedaba, y nada más, del espíritu artístico. Esto mismo debía también ceder su puesto a una satisfacción inactiva. Aguzados sin cesar en la muela de la necesidad y el sufrimiento, me parecía que, por fin, esta odiosa muela estaba rota.

Permanecí allí, entre las tinieblas que lo invadían ya todo, pensando haber resuelto con esta sencilla explicación el problema del mundo, y penetrado el misterio de la existencia de aquellos deliciosos seres. Era probable que los medios que habían imaginado para restringir el crecimiento de la población, hubiesen dado tan magnífico

http://win10.io

resultado que, en vez de quedar estacionario hubiese disminuído. Con esto me explicaba perfectamente el abandono de las ruinas. Muy sencilla era mi explicación, y por lo demás bastante aceptable, como son la mayoría de las teorías erróneas.

CAPITULO VII

Un accidente inesperado

»Mientras reflexionaba sobre este triunfo demasiado perfecto del hombre, la Luna llena, amarilla y burlona, surgió en el Nordeste, entre un desbordamiento de argentada luz. Los brillantes pequeños seres cesaron de agitarse bajo mis pies, un buho revoloteó silenciosamente, y estremeciéndome al fresco aire de la noche, determiné descender y buscar un lugar para dormir.

Busqué con mi vista el edificio que ya conocía. Mis miradas se prolongaron hasta la Blanca Esfinge sobre su pedestal de bronce, cada vez más distinto a medida que la Luna, subiendo, se hacía más brillante. Pude ver, no lejos de allí, el plateado abedul. A un lado la enmarañada espesura de rododendros, oscura a la pálida luz; al

http://win10.io

otro, el pequeño prado. Una singular duda entibió mi satisfacción.

—No—me dije resueltamente;—este no es el prado.

Sí, si *era* el prado; pues el rostro estropeado y descolorido de la Esfinge miraba hacia él. Imagínense ustedes lo que pasó por mí cuando tuve de ello la plena convicción. Pero no, no podrían ustedes... ¡La Máquina había desaparecido!

En aquel momento, como un latigazo en el rostro, me vino a la mente la posibilidad de perder mi propia época, de quedar abandonado e impotente en aquel extraño nuevo mundo. Este solo pensamiento causábame tal angustia física, que sentía como si un nudo me apretase la garganta, cortándome la respiración. Un momento después era ya presa de un loco arrebato de temor y empecé a bajar la colina a grandes saltos, aunque rodé por el suelo, haciéndome este corte en la cara. No perdí un solo momento en restañar la sangre, y púseme a correr nuevamente, sin preocuparme del pequeño reguero de sangre que corría a lo largo de mis mejillas y de mi mentón. Todo el tiempo que corrí íbame repitiendo a mí mismo:

—La habrán cambiado de lugar; la habrán colocado bajo las breñas, fuera del camino.

Sin embargo, corría con todas mis fuerzas, y con esta certeza que proviene a veces del profundo terror, conocía muy bien que tal afirmación era simple locura; por instinto adivinaba que la Máquina había sido transportada lejos de mi alcance. No podía casi respirar. Creo haber recorrido la distancia de unas dos millas que separa el prado de la cima de la colina, en diez minutos, ¡y yo no soy ya joven! Mientras corría, maldecía a gritos la ciega confianza que me había hecho abandonar la Máquina, y desperdiciaba así mi respiración. Llamaba con todas mis fuerzas y nadie respondía. Nadie parecía moverse en este mundo iluminado solamente por la luz de la Luna.

Cuando llegué al pequeño prado, hallé comprobados mis temores: ni rastro de la Máquina se veía. Cuando estuve ante el espacio vacío, entre la enmarañada y oscura maleza, sentíme helado y desfallecido. Di la vuelta al prado, corriendo furiosamente, como si la Máquina pudiese hallarse escondida en algún rincón; después me detuve bruscamente, apretándome la frente con las manos. Por encima de mí, en su pedestal de bronce, la blanca, carcomida Esfinge sobresalía, reluciendo a la claridad de la Luna, que seguía ascendiendo, y parecía sonreirse, burlarse de mi consternación.

Hubiera podido calmarme, pensando que acaso los pequeños seres habían guardado la Máquina bajo algún abrigo, pero era esto en extremo difícil de creer, dada su inperfección, tanto física como intelectual. Lo que más me estremecía era la idea de la intervención de cualquier insospe-

http://win10.io

chado poder en la desaparición de mi invento. Estaba de todos modos seguro de una cosa: si alguna otra época no había producido su duplicado exacto, la Máquina no se había podido mover en el Tiempo. Las tuercas de las palancas impiden, cuando están éstas retiradas—cuyo procedimiento ya les mostraré,—que pueda alguien poner en marcha de modo alguno la Máquina. Así, pues, sólo habían podido llevarla y esconderla en el espacio. ¿Pero, dónde podía, entonces hallarse?

Creo que fuí presa de una crisis de locura. Recuerdo haber explorado a la luz de la Luna, en violento arrebato, toda la maleza que rodeaba a la Esfinge y haber asustado una especie de animal blanco que a la confusa claridad tomé por un pequeño gamo. Recuerdo también, bien entrada la noche, haber batido la espesura, cerrados los puños, hasta que mis manos, a fuerza de romper las pequeñas ramas, quedaron maltrechas y sangrantes. Después, delirante y sollozando de angustia, descendí hasta el gran edificio de piedra. La gran sala estaba oscura, silenciosa y desierta. Resbalé sobre el desigual piso y caí sobre una de las mesas de malaquita, partiéndome casi la pierna. Encendí una cerilla y me dirigí al otro lado de las polvorientas cortinas de que ya he hablado.

Allí encontré otra gran sala cubierta de cojines, donde dormían quizás una veintena de pequeños seres. Estoy seguro de que encontraron

bastante rara mi segunda manera de aparecer, surgiendo súbitamente de las plácidas tinieblas con gritos inarticulados y el crujido y la extraña llama de una cerilla; pues no sabían, según creo, qué cosa eran cerillas.

—¿Dónde está mi Máquina del Tiempo? — pregunté, chillando como un niño encolerizado, cogiéndoles y sacudiéndoles uno después del otro. Esto debió parecerles bastante chusco. Rieron algunos y la mayoría parecieron dolorosamente asustados. Cuando vi que me rodeaban comprendí que estaba haciendo lo peor que hacer podía en aquellas circunstancias, tratando de infundirles de nuevo la sensación de miedo, pues razonando según su manera de obrar durante el día, supuse que el miedo se habría olvidado entre ellos.

Arrojé bruscamente la cerilla, y derribando a algunos a mi paso, salí corriendo, y atravesé la sala comedor hasta hallarme fuera, bajo la claridad de la Luna. Oí gritos de terror y el ruído de sus pequeños pies correr y tropezar de acá para allá. No recuerdo todo lo que hice mientras recorrió la Luna el cielo. Supongo que fué la idea de mi supuesta perdición lo que me enloqueció; me sentí separado sin esperanza de los de mi propia especie, como un animal raro en un mundo desconocido. Sin duda, erré divagando, gritando y vociferando contra Dios y el Destino. Recuerdo una angustia horrible mientras transcurría la larga noche de desesperación; me acuerdo de haber buscado en tal o cual increíble lugar, a

http://win10.io

tientas entre las ruinas y sintiéndome a veces tocar por extraños seres en la negra oscuridad; y por fin haberme echado cerca de la Esfinge y haber llorado amargamente, pues la cólera que experimentaba por mi loco abandono de la Máquina, huyó junto con mis fuerzas. No me quedaba ya más que mi tristeza. Después, me dormí; cuando desperté era ya de día; una pareja de gorriones brincaba alrededor de mí, sobre el césped, al alcance de mi mano.

Me senté, intentando recordar con la frescura de la mañana por qué me encontraba allí y por qué tenía tal sensación de desespero y abandono. Me aparecieron entonces las cosas claramente. A la luz del día, propicia al razonamiento, pude enfrontar claramente mi situación; comprendí la estúpida locura de mi frenesí de la víspera, y pude razonar conmigo mismo.

—¿Supongamos lo peor?—díjeme.—Supongamos la Máquina definitivamente perdida o destruída quizás. Pues es necesario tener calma y paciencia; aprender las costumbres de estas gentes; conseguir una clara idea de qué modo ha ocurrido la pérdida, y los medios de obtener útiles y materiales y poder, al fin, quizás, construir otra Máquina.

Esto debía ser allí mi única esperanza, una triste esperanza, es cierto, pero mejor, sin duda, que la desesperación. Y después de todo no dejaba de ser aquello un mundo curioso y espléndido.

Pero probablemente la Máquina habíame sido

tan sólo robada, en cuyo caso era preciso, con calma y paciencia, encontrar su escondrijo y recuperarla por la astucia o por la fuerza. Púseme en pie con trabajo y busqué a mi alrededor dónde poder lavarme. Me hallaba fatigado, incómodo y sucio por el viaje, y la frescura de la mañana hízome desear una frescura igual para mí. A decir verdad, buscando lo que necesitaba, casi me sorprendí de mi excitación de la víspera. Examiné cuidadosamente el suelo del pequeño prado y perdí el tiempo en fútiles preguntas hechas lo mejor que pude a todos los pequeños seres que se acercaban. Nadie logró comprender mis gestos; unos, mostraron en su rostro una estúpida expresión; otros, tomándolo por alguna broma, se me rieron en mis barbas. Fué para mí el trabajo más difícil del mundo impedir a mis manos entrar en contacto con sus bonitas y risueñas caras. Era un absurdo impulso, pero el demonio engendrado por la ciega cólera estaba mal contenido y deseoso de tomar la delantera a mis vacilaciones. El césped fué mi mejor auxiliar. A la mitad del camino del pedestal, donde a mi llegada hube de poner en pie la Máquina, hallé un rastro en la hierba; y a su lado, otras señales de transporte y raras y estrechas huellas de pasos que parecían hechas por uno de esos curiosos animales a los que llamamos *perezosos*. Aquello llevó mi atención más cerca del pedestal. Era éste de bronce, como creo haber ya dicho. No estaba hecho de un solo bloque; muy bien decorado, sus

http://win10.io

planchas estaban perfectamente ajustadas. Fuílas golpeando una tras otra. El pedestal estaba hueco. Examinando las planchas con atención, noté que había entre ellas y la orla una pequeña rendija. No tenían cerraduras ni pomos, y quizás, si como yo suponía eran puertas las planchas, era probable que se abriesen hacia adentro. No necesité esforzar mucho mi cerebro para deducir que mi Máquina del Tiempo se hallaba dentro del pedestal; pero de qué modo había entrado allí. era, por el momento, un problema insoluble.

Entre las plantas, bajo los floridos manzanos, percibí las cabezas de dos pequeñas criaturas, vestidas con telas anaranjadas, que venían hacia mí. Me volví hacia ellas, sonriente, haciéndoles signos de que se acercaran; y señalando el pedestal de bronce, probé de hacerles entender que deseaba abrirlo. Pero desde mis primeros gestos se portaron de modo tan singular, que no sé cómo explicar a ustedes la expresión de sus rostros. Supónganse que hicieran ustedes a una respetable señora gestos impropios y groseros; pues bien, ambos tenían la expresión que aquélla hubiese tomado, y alejáronse como si hubiesen recibido los peores insultos. Probé la misma mímica con un hombrecito de aire bondadoso y obtuve idéntico resultado. Su actitud me dejó confuso. Pero deseando recuperar mi Máquina, comprenderán ustedes que al verle volverme, como los otros, la espalda, renaciera mi mal humor.

En tres zancadas le alcancé, y agarrándole por

la parte flotante de su vestido, cerca del cuello, le arrastré al lado de la Esfinge, pero tenía su rostro tal expresión de horror y de repugnancia, que le dejé libre.

Sin embargo, no quería darme aún por vencido, y llamé con mis puños sobre las planchas de bronce. Creí percibir cierta agitación dentro, y creí incluso distinguir risas ahogadas, pero debí equivocarme, seguramente. Fuíme entonces hasta el río, donde cogí un gran guijarro, y púseme a golpear una de las planchas hasta que cayó el cardenillo en polvorientos pedazos y deformé el relieve del decorado. Los frágiles habitantes debieron oir mis continuos y violentos golpes desde una milla quizás de allí, pero no se inquietaron lo más mínimo. Pude verles agrupados en los declives echándome furtivas miradas. En fin, fatigado y sofocado, me senté para vigilar el lugar, pero me hallaba demasiado agitado para permanecer quieto largo rato. Soy demasiado occidental para aguantar sin hacer nada una largá espera. Trabajaré sin cansarme durante años enteros en un mismo asunto, pero no puedo permanecer veinticuatro horas inactivo.

Al cabo de un momento levantéme y marché sin rumbo fijo, a través del boscaje, hacia la colina.

—Paciencia—decíame;—si quieres recobrar tu Máquina, es preciso dejar tranquila la Esfinge. Si pretenden guardarla, es inútil estropear las planchas de bronce, mientras que si no desean

http://win10.io

guardarla, tan pronto puedas reclamársela te la devolverán, seguramente. Luchar con un enigma como este, entre estas cosas desconocidas, es terrible; es el camino de la monomanía. Arrostra este mundo nuevo, obsérvale, aprende sus costumbres, no formes prematuras conclusiones y al fin, hallarás el hilo de todo.

Apercibíme entonces, de pronto, de lo cómico de la situación: el recuerdo de los años empleados en estudios y trabajos para alcanzar las futuras edades, y ahora el ardiente deseo de salir de ellas. Me había yo mismo preparado el lazo más complicado y desesperante que nadie pudo jamás imaginar. Y aunque a mis propias expensas, no me pude contener y hube de reirme a carcajadas.

Al atravesar el gran edificio, parecióme que los pequeños seres me evitaban. Tanto podía ser ello un efecto de mi imaginación, como el resultado de haber golpeado las puertas de bronce con la piedra. Sea lo que fuere, estaba casi seguro de que me huían. De todos modos, me abstuve de perseguirles y tuve buen cuidado de no dejar transparentar mi pensamiento. Al cabo de dos o tres días, las cosas volvieron a su primitivo estado. Procuré progresar cuanto pude en su idioma, sin dejar de continuar mis exploraciones. Su idioma, a menos que hubiese dejado pasar por alto algún sutil punto, era en extremo sencillo, casi exclusivamente formado por verbos y sustantivos concretos. No parecían abundar en él los términos

abstractos, y empleaban muy poco el lenguaje figurado. Sus sencillas frases se componían por lo regular de dos palabras, y no pude hacerles comprender, ni comprender yo mismo, nada más que sencillas proposiciones. Decidí dejar a un lado la idea de mi Máquina y el misterio de las puertas de bronce, hasta que de una manera natural pudieran llevarme a ello mis mayores conocimientos. Sin embargo, cierto sentimiento, como podrán ustedes comprender, me retenía dentro de un círculo de algunas millas alrededor del lugar de mi llegada.

http://win10.io

CAPITULO VIII

Exploraciones

»Todo lo lejos que me fué dable ver, el mundo ostentaba la misma exhuberante riqueza que el valle del Támesis. Desde cada colina que subí, pude ver la misma profusión de espléndidos edificios, infinitamente variados en estilo y materia; los mismos espesos bosques de abetos, los mismos árboles cubiertos de flores y los mismos gigantescos helechos. Aquí y allí brillaba el agua como plata; y más allá, se elevaba el paisaje en azules ondulaciones de colinas y desaparecía a lo lejos, en el sereno cielo. Un detalle particular que atrajo en seguida mi atención fué la presencia de unos pozos circulares, de gran profundidad, al parecer. Estaba situado uno de ellos cerca del sendero de la colina que seguí yo en mi primera excursión. Tenía, como los demás, en el brocal, un reborde de bronce curiosamente trabajado y estaba protegido de la lluvia por una pequeña cúpula. Sentado sobre el brocal de estos pozos y escudriñando su profunda oscuridad, no pude ver reflejo alguno de agua, ni producir ninguna reflexión con la llama de mis cerillas. Pero en todos ellos oí cierto sonido: un ruido sordo, a intervalos, como la trepidación de una enorme máquina; y descubrí, por la dirección de la llama de mis cerillas, que entre los pozos estaba establecida una corriente regular de aire. Arrojando en la boca de uno de ellos una hoja de papel, observé que en vez de descender revoloteando lentamente, fué en seguida aspirada y la perdí de vista rápidamente.

En poco tiempo establecí una relación entre estos pozos y las altas torres que se elevaban acá y acullá en los declives, pues se notaba a menudo sobre ellas aquella oscilación, aquel mismo temblor del aire, que, en un día muy caluroso, se observa sobre un arenal abrasado por el Sol. Juntando estas observaciones, llegué a creer en un sistema de ventilación subterránea, pero cuyo fin u objeto no acertaba a comprender, aunque lo atribuí desde un principio a la organización higiénica de este mundo. Era una conclusión bastante razonable, pero absolutamente falsa.

He de convenir aquí que pude aprender muy pocas cosas respecto a las alcantarillas, a los relojes, a los medios de transporte y otra clase de

http://win10.io

comodidades durante mi permanencia en este porvenir real. En algunas fantasías que he leído, utopías de los tiempos venideros, he hallado profusión de detalles sobre la construcción, normas sociales y demás; pero esos detalles, fácilmente explicables cuando son productos de la imaginación, son absolutamente inaccesibles a un verdadero explorador, mayormente en una realidad tal como la por mí allí hallada. Imagínense ustedes lo que un negro llegado del Africa Central podría contar de Londres, a su regreso a su tribu. ¿Qué sabría él de compañías de ferrocarriles, de movimientos sociales, del teléfono, del telégrafo, de los paquetes postales, servicios de correos y otras cosas de la misma índole? De buena gana le explicaríamos todo aquello, pero incluso de lo que sabría ya bien, ¿qué haría creer o concebir a sus amigos, al regresar a la tribu? ¡Y qué poca diferencia va de un negro a un blanco de nuestra época, comparada con el inmenso intervalo que me separaba de las gentes de esta dichosa edad! Hay una multitud de diferencias que no se ven y que me sirven de disculpa, aunque temo no podérselas hacer ver lo suficiente.

En lo que respecta a las sepulturas, por ejemplo, no pude ver señal alguna de cremación, ni nada que hiciere pensar en las tumbas, aunque pensé que era fácil la existencia de cementerios u hornos crematorios más allá de mi campo de exploración. Fué esta una cuestión que pretendí

estudiar, pero quedó sobre este particular mi curiosidad completamente defraudada. No dejaba la cosa de turbarme, y por añadidura, hice una ulterior observación que me dejó aún más perplejo, y es que, entre todas aquellas gentes, no había un solo individuo viejo, ni enfermo.

Debo confesar que la creencia en mi primera teoría de una civilización automática y de una humanidad decadente, no me duró largo tiempo, aunque no podía concebir de momento otra. Permítanme exponer mis dificultades. Los distintos palacios que exploré eran sencillamente lugares de habitación, con grandes comedores y dormitorios, y no pude encontrar ni máquinas, ni material de clase alguna. Y sin embargo, aquellos seres iban vestidos con hermosas telas que era necesario renovar de cuando en cuando, al igual que sus sandalias, que, aunque sin adornos, eran muestras bastante claras de un trabajo mecánico, siendo por tanto preciso que estas cosas se fabricaran. Y no se veía en estas pequeñas criaturas vestigio alguno de tendencias creadoras. Tampoco había tiendas, ni talleres, ni signo alguno de importación entre ellos. Todo su tiempo lo empleaban en jugar tranquilamente, en bañarse en el río, en cortejarse en forma medio festiva, en comer fruta y en dormir. No podía comprender cómo duraba aquello y se mantenía.

Pero volvamos a la Máquina del Tiempo: alguien, no sabía quién, la había encerrado en el pedestal vacío de la Blanca Esfinge. ¿Por qué?

http://win10.io

De ninguna manera habría podido adivinarlo, como tampoco descubrir la utilidad de aquellos pozos sin agua y de aquellas columnas de ventilación. Me faltaba para ello el hilo conductor. Lo que yo sentía... ¿cómo lo diré? Supongan ustedes que encuentran una inscripción, con frases, aquí y allá claras y en perfecto inglés, pero entremezcladas unas, faltas de palabras otras, e incluso algunas con letras que les sean completamente desconocidas. Pues bien; de esta forma me aparecía el mundo del año ochocientos dos mil setecientos uno, en el día décimo tercero de mi visita.

Aquel día me hice, en cierto modo, una amiga. Hallábame viendo algunos de estos pequeños seres bañarse en una ensenada del río, cuando uno de ellos, presa de calambres, empezó a ser arrastrado a flor de agua. La corriente principal era bastante fuerte, aunque poco temible para un mediano nadador. Tendrán ustedes por este hecho una idea de la indiferencia de esas criaturas, diciéndoles que ninguna de ellas hizo el más mínimo esfuerzo para acudir en socorro de aquel pequeño sér, que a su vista se ahogaba, lanzando débiles gritos. Al darme cuenta de ello, deshice rápidamente mis vestidos, y penetrando en el río un poco más abajo, alcancé a la desgraciada criatura y la conduje a la orilla. Algunas fuertes fricciones la reanimaron y pude verla, antes de alejarme, completamente repuesta. Tenía entonces yo en tan poco aprecio a los de su género,

que no esperé de ella gratitud alguna. Esta vez, sin embargo, me engañaba.

Pasó la mañana. Por la tarde, al regresar de una exploración, encontré a la pequeña criatura, una mujer a lo que parecía, que me recibió con alegres gritos y ofrecióme un ramo de flores, hecho sin duda para mí. Me sorprendió esta atención, y como quiera que me sentía muy solo, procuré del mejor modo posible testimoniarle cuánto apreciaba su ofrenda. Pronto nos hallamos sentados bajo un bosquecillo y empeñados en una conversación compuesta casi toda de sonrisas. Las pruebas de amistad de la pequeña criatura me producían igual efecto que las de un niño. Uno a otro nos ofrecimos flores y besóme ella las manos. Yo besé igualmente las suyas. Probé de conversar y supe que se llamaba Weena, cuyo nombre me pareció apropiado, aunque no tenía idea alguna de su significado. Fué aquel el principio de una rara amistad, que acabó, tras una semana, como les explicaré.

Era exactamente igual a un niño. Quería estar conmigo sin cesar, tratando de seguirme a todas partes, y a mi siguiente exploración, con el corazón partido de verla agotada por la fatiga, hube, en fin, de dejarla, llamándome de un modo lastimero; pero me era preciso penetrar los misterios de este mundo, y no había venido yo al futuro, decíame, para entretenerme en un *flirt* en miniatura. Su angustia, cuando yo la dejaba, era grande; sus quejas y reproches eran a veces frenéti-

http://win10.io

cas; y creo haber sacado de su adhesión tanto fastidio como satisfacción. De todos modos, era una provechosa diversión y creía que un simple afecto pueril la llevaba a mí. No supe con claridad hasta que fué ya demasiado tarde, el mal que le hice con mi estancia allí. Hasta entonces no supe y aún no muy exactamente, lo que ella había sido para mí. Por sus signos de afecto y su manera de demostrar su inquietud por mí, a mi regreso a los alrededores de la Blanca Esfinge, hacíame experimentar aquella pequeña muñeca un sentimiento parecido al del regreso al hogar, y desde la cumbre de la colina, buscaba yo con la mirada su figura delicada, pálida y rubia.

Por ella también aprendí que el miedo no había desaparecido de la tierra. Permanecía tranquila durante el día y tenía en mí la más completa confianza, pues en un momento de ridículo enfado hícele gestos amenazadores, y echóse a reir simplemente. Pero temía en gran manera la oscuridad, la sombra, y causábanle miedo las cosas negras. Las tinieblas eran para ella lo único pavoroso, haciéndole experimentar una violenta emoción. Entre otras cosas, observé que aquellos pequeños seres, se refugiaban desde que llegaba la noche dentro de los grandes edificios, donde dormían agrupados. Entrar en ellos sin luz, era motivo de pánico. Jamás después del crepúsculo pude hallar uno sólo afuera, ni siquiera durmiendo aislado. Fuí bastante tonto para no

comprender que este temor debía ser para mí una lección, y a pesar de los apuros de Weena, me empeñé en acostarme separado de esa adormecida multitud.

Esto turbóla bastante, pero triunfó su afecto por mí y durante las cinco noches, comprendida la última que duró nuestra relación, durmió con su cabeza apoyada en mi brazo. Pero me aparto, hablando de ella, de mi relato.

La noche que siguió a su salvamento, me desperté con la aurora. Dormí agitado, soñando desagradablemente estarme ahogando y que unas anémonas pasábanme por el rostro sus blandos tentáculos. Despertéme sobresaltado, con la extraña impresión de que algún animal pardusco acababa de huir fuera del aposento. Intenté dormir de nuevo, pero me hallaba inquieto y agitado. Era esa hora velada y gris en que las cosas surgen de las tinieblas y los objetos incoloros se muestran con irreales contornos. Levantéme, penetré en la gran sala y me detuve sobre las losas de piedra de la escalinata del palacio; quería contemplar la salida del Sol.

La Luna iba descendiendo, y su expirante claridad y los primeros reflejos de la aurora se confundían en una pálida media luz. Los matorrales eran de un negro profundo, la tierra de un gris sombrío, el cielo empañado y triste. Al lado de la colina creía percibir unas figuras fantasmales.

Por tres veces distintas, mientras escudriñaba

http://win10.io

la pendiente, vi blancas formas. Dos veces creí ver un blanco sér, con el aspecto de un mono, que remontaba, solitario, rápidamente, la colina; luego, cerca de las ruinas, vi tres de esas formas que conducían un cuerpo negruzco; iban en extremo de prisa y pronto les perdí de vista. Parecían haberse desvanecido entre las breñas. El alba era aún confusa y yo sentía esa sensación incierta y glacial de la madrugada, que conocen ustedes, quizás. Dudaba de mis ojos.

Fué aclarando el cielo hacia el Este; extendióse la luz del día, derramando una vez más sus brillantes colores sobre el mundo. Ansioso, examiné los alrededores. Ningún indicio hallé de mis formas blancas. Eran simplemente ficciones de la media luz.

—Si esas formas eran espíritus—díjeme,—¿qué edad podrá ser la suya?—Vínome a la memoria una fantástica teoría de Grant Allen que me regocijó. Si cada generación que muere, argumenta él, deja espíritus, se hallará al fin el mundo engorrosamente obstruído por ellos. Según esto, su número debía ser incalculable en los ochocientos mil y pico de años transcurridos. No era, por tanto, muy raro poder contemplar cuatro de ellos a la vez. Pero no era muy convincente la chanza, y no dejé de pensar en estas formas toda la mañana, hasta que alejó de mí estas preocupaciones la llegada de Weena. Yo las asocié de un modo ambiguo al blanco animal que vi huir cuando por primera vez busqué mi Máquina del Tiempo, y aun cuando Weena me distrajo agradablemente, no tardaron en volver a apoderarse por completo de mi espíritu.

No sé si ya les he dicho que la temperatura de esta Edad de Oro era bastante más elevada que la nuestra. No puedo explicarme la causa de ello. Quizás era más caliente el Sol, o estaba la Tierra más cerca de él. Generalmente se admite que el Sol debe ir enfriándose y extinguiéndose rápidamente; pero poco familiarizados con especulaciones tales como las de Darwin el joven, olvidamos que los planetas deben volver al fin, el uno tras el otro, a la masa común, origen de su existencia, y a medida que estas catástrofes se vayan produciendo, el Sol se inflamará y radiará nueva energía. Era posible que algún planeta ya hubiese corrido esta suerte. Lo cierto es, sea cual fuere la razón, que el Sol era mucho más cálido que lo es actualmente.

En una mañana, en fin, muy calurosa, la cuarta, según creo, buscando en alguna de aquellas grandes ruinas, no lejos del gran edificio donde comía y dormía, un abrigo al calor y a la fuerte luz, sucedió esta cosa extraña: trepando entre aquellos montones de albañilería, descubrí una estrecha galería cuya extremidad y aberturas laterales se hallaban obstruídas por montones de piedras desplomadas. Por contraste con la cegadora luz de fuera, me pareció en un principio impenetrablemente oscura. Entré a tientas, ya que el brusco paso de la luz a las tinieblas, ha-

http://win10.io

cía revolotear ante mis ojos grandes manchas de color. De pronto, detúveme estupefacto. Dos ojos, luminosos por la reflexión de la luz exterior, me observaban en las tinieblas.

El instintivo terror de los animales salvajes se apoderó de mí. Apreté los puños y miré con firmeza los ojos centelleantes. Pero, ocurrióseme la idea de la absoluta seguridad en que la humanidad parecía vivir y me acordé asimismo de su raro temor a la oscuridad. Sobreponiéndome algo a mi aprensión, avancé un paso y hablé notando que mi voz era áspera y mal segura. Extendí la mano y toqué una cosa suave. Inmediatamente se desviaron aquellos ojos y algo blanco huyó rozándome. Con la garganta seca volvíme y vi una pequeña forma extraña, algo parecido a un mono, atravesar corriendo el espacio iluminado, con la cabeza vuelta hacia atrás, de una manera muy graciosa. Chocó contra un bloque de granito, titubeó y desapareció en la profunda oscuridad que proyectaba una construcción en ruinas.

La impresión que formé de este sér, fué, naturalmente, imperfecta; pero pude observar que era de una blancura suave, que tenía los ojos grandes y extraños, de un color gris rojizo, y que le caía sobre la espalda una larga melena rubia; pero como ya les he dicho, iba demasiado de prisa para poderle ver distintamente. No puedo tampoco decir si corría a cuatro patas o teniendo muy bajos sus miembros superiores. Tras un momento de pausa, le seguí por el segundo montón de ruínas. De momento no pude encontrarle, pero después de habituarme a la oscuridad, descubrí, medio obstruído por un pilar derribado, una de esas redondas aberturas en forma de pozos de las que he hablado ya. Ocurrióseme un repentino pensamiento. ¿Había desaparecido mi animal por este camino? Encendí una cerilla e inclinándome hacia el pozo, vi agitarse una pequeña criatura blanca que me miraba fijamente con sus grandes ojos brillantes. Me estremecí. ¡Aquel sér parecía una especie de araña humana! Descendió a lo largo de la pared y por primera vez vi una serie de barrotes y de empuñaduras de metal formando una escalera que se hundía en el pozo. La cerilla en este momento quemóme los dedos, la solté y se apagó, cayendo; cuando hube encendido otra, el pequeño monstruo había desaparecido.

No sé el tiempo que estuve contemplando este pozo. Necesité un buen rato para llegar a persuadirme de que lo que había visto tenía algo de humano. Poco a poco, la verdad hízose espacio: no había quedado el hombre como especie única; adiviné que las graciosas criaturas del mundo superior no eran los solos y únicos descendientes de nuestra generación; este descolorido sér, inmundo y tenebroso, era asimismo el heredero de las anteriores edades.

Me acordaba de las columnas donde el aire oscilaba y de mi teoría de la ventilación subte-

http://win10.io

rránea; comenzaba a sospechar su verdadera importancia.

—¿Por qué irrumpe este lemuriano—me preguntaba,—en mi esquema de organización completamente equilibrada? ¿Qué relación puede haber entre él y el mundo sereno de la superficie? ¿Qué cosas se esconderán en el fondo de este pozo?

Me senté en el brocal, diciéndome que nada había que temer y que era preciso descender allí dentro para hallar la solución a estos problemas; pero al mismo tiempo me horrorizaba la idea de hacerlo. Mientras titubeaba, dos habitantes del mundo superior perseguíanse en sus juegos amatorios, arrojando el hombre flores a la mujer que huía, hasta venir a parar a la oscuridad donde yo estaba.

Pareció disgustarles encontrarme allí, apoyado contra el caído pilar y mirando dentro del pozo. Aparentemente, debía ser de mal gusto contemplar estos orificios, pues al indicarles dónde estaba y probar de construir en su idioma una pregunta a este respecto, se incomodaron visiblemente. Pero como quiera que les interesaban mis cerillas, encendí unas cuantas para divertirles y probé nuevamente a interrogarles sobre aquel pozo, fracasando de nuevo en mi intento. Les dejé, pues, inmediatamente para ir en busca de Weena y ver lo que de ella podría sacar. Mis impresiones y suposiciones se desbordaban, revolucionando mi espíritu y lanzándome a nuevos arreglos;

y mientras tanto tenía ya en mi poder un hilo para descubrir el objeto de estos pozos y chimeneas de ventilación y el misterio de los fantasmas, sin contar la indicación que ya tenía ahora relativa a la significación de las puertas de bronce y a la suerte de mi Máquina del Tiempo. Fué sugeriéndose, aunque muy vagamente, una explicación que podía ser quizás la solución del problema económico que me había preocupado.

He aquí este nuevo punto de vista. Evidentemente esta segunda especie de hombres era subterránea. En especial había tres hechos que me hacían pensar que sus escasas apariciones a la luz del Sol, eran debidas a su largo hábito de vivir bajo tierra. Primeramente su aspecto marchito y descolorido, común a la mayor parte de los animales que viven en las tinieblas, por ejemplo, el pescado blanco de las grutas de Kentucky; luego, sus ojos enormes con la facultad de reflejar la luz, son detalles comunes a los seres nocturnos, como el buho y el gato; y en fin, su evidente turbación ante la claridad del día, esta huída precipitada y sin embargo, torpe hacia la sombra y la oscuridad y aquel modo raro de llevar la cabeza mientras ha estado el monstruo en plena claridad, todo esto reforzaba mi idea de una extrema sensibilidad de la retina.

Por consiguiente, la tierra debía estar bajo mis pies fantásticamente horadada y cruzada de túneles y galerías que eran la vivienda de la raza nueva. Las chimeneas de ventilación y los

http://win10.io

pozos, emplazados a lo largo de las laderas de la colina, por todas partes, excepto en el valle por donde el río se deslizaba, indicaba lo grandes que eran estas ramificaciones. ¿Qué había entonces de extraordinario en suponer que era en este mundo subterráneo donde se hacía todo el trabajo necesario para el *confort* de la raza que vivía a la luz del día? Era tan razonable la idea, que la admití al instante y casi fuí a darme incluso la razón de esta división de la especie humana. Estoy seguro de que prevén ustedes el giro de mi teoría, aunque yo mismo descubrí pronto lo alejada que estaba de la verdad.

Así, pues, procediendo conforme a los problemas de nuestra época actual, parecióme, tan claro como el día, que la gradual extensión de las diferencias sociales, desde el capitalista hasta el obrero, era la llave de la situación. Les parecerá esto, sin duda, bastante grotesco y del todo increíble; pero existen actualmente hechos que nos dan este camino. Existe una gran tendencia a utilizar los espacios subterráneos para las necesidades menos decorativas de la civilización. Hay, por ejemplo, en Londres, el Metropolitano y recientemente tranvías eléctricos subterráneos, calles y pasajes subterráneos, restaurantes y talleres subterráneos. que crecen y se multiplican. Evidentemente, pensaba, se ha desenvuelto esta tendencia a tal punto, que la industria ha ido perdiendo gradualmente su derecho de existencia al Sol, habiéndose extendido, cada vez más profundamente, grandes fábricas subterráneas, y por la gran cantidad de tiempo, cada vez mayor, ha llegado a esto, al fin... ¿No vemos, hoy mismo, vivir a un obrero de determinado barrio, en una suma tal de artificiales condiciones, que queda prácticamente suprimido de la superficie natural de la tierra?

Además, es evidente la tendencia de la clase posesora, guiada, sin duda, por el creciente refinamiento de su educación y por el aumento de la distancia entre ella y la áspera rudeza de la clase pobre, a cerrar, en su interés, considerables extensiones de la superficie del país. En los alrededores de Londres, por ejemplo, los más bellos lugares están cerrados a la multitud. Y este creciente abismo, debido a las formas más elevadas de cultura y a las refinadas costumbres de los ricos, hace cada vez menos frecuente el intercambio entre clase y clase, esta elevación por medio del matrimonio que retarda algo, por hoy, la división de nuestra especie por barreras de estratificación social. De manera, que, al fin, hubo sobre el suelo los poseedores, buscando el placer, el *confort* y la belleza; y bajo el suelo los no poseedores, los obreros, adaptándose de una manera continua a las condiciones de su trabajo. Ya así las cosas, sin duda alguna, tuvieron éstos que pagar censos para gozar de la ventilación de sus cavernas, cuyo pago intentaron rehuir y se les sofocó y dejó hambrientos hasta que cumplieron con sus deudas y atrasos. Los que tenían condiciones de rebeldía, debieron perecer, y ya

http://win10.io

todo en constante equilibrio, adaptáronse pronto los restantes a las condiciones de la vida subterránea y quedaron a su manera satisfechos, como los de la raza del mundo superior lo estaban también a la suya. A lo que me pareció, la refinada belleza y la marchita palidez tenían una estrecha relación.

Este gran triunfo de la Humanidad que yo había soñado, tomaba en mi espíritu una forma completamente distinta. No era como yo había imaginado un triunfo de la educación y de la general cooperación. En lugar de ello, yo veía una real aristocracia, armada de perfecta ciencia y dirigiendo a su lógico fin el sistema industrial. Su victoria no había sido tan sólo sobre la Naturaleza, sino sobre la Naturaleza y sobre el hombre. Debo advertirles que esta era mi teoría del momento. No tenía yo ningún hábil cicerone en estas utopías y mi explicación puede ser absolutamente falsa, pero creo que es aún la más razonable; esta suposición de haber sido, al fin, alcanzado el equilibrio de la civilización, hacía suponer, asimismo, que había traspasado hacía ya tiempo su cenit y hallábase ya muy avanzada en la ruta de su crepúsculo. La seguridad casi perfecta de los habitantes del mundo superior, les había llevado a la degeneración, a una mengua general de estatura, de fuerza y de inteligencia. Esto podía yo comprobarlo de una forma bastante clara, pero no podía aún sospechar qué suerte había cabido a los habitantes del mundo inferior; pero

según lo que había visto de los Morlocks, pues este era el nombre que se daba a aquellos seres, podía imaginarme que las modificaciones del tipo humano, eran aún más profundas que entre los Eloïs, la hermosa raza que conocía ya.

Acudiéronme entonces importunas dudas. ¿Por qué habían los Morlocks cogido mi Máquina? Estaba seguro que ellos eran los que la habían tocado. ¿Y por qué, si los Eloïs eran los amos, no podían hacer que me la devolvieran? ¿Por qué tenían tanto miedo de las tinieblas? Pretendí, como ya he dicho, interrogar a Weena, sobre este mundo inferior, pero quedé también decepcionado. No quiso al principio comprender mis preguntas, negándose después a responder. Temblaba, como si aquel asunto fuese una cosa horrible; y al insistir yo en ello, quizás un poco rudamente, se deshizo en lágrimas. Estas fueron, junto con las mías, las únicas lágrimas que he visto en esa Edad de Oro. Al verlas, cesé de importunarla a propósito de los Morlocks y ocupéme solamente en desterrar de los ojos de Weena, estos signos de la humana herencia. Y pronto logré que sonriera y batiera palmas, mientras yo encendía con solemnidad una cerilla.

http://win10.io

CAPITULO IX

Los Morlocks

»Les parecerá quizás chocante que dejase pasar dos días antes de seguir la nueva indicación que me ponía en el verdadero camino, pero experimentaba singular aversión frente a estos cuerpos blancuzcos. Tenían exactamente aquel lívido color que tienen los gusanos y los animales conservados en alcohol, tal como se les ve en los museos zoológicos, y eran al tacto de un frío repugnante. Probablemente, mi aversión era debida a la simpática influencia de los Eloïs, cuyo desagrado hacia los Morlocks empezaba ya a comprender.

La siguiente noche dormí mal. Mi salud se hallaba, sin duda, quebrantada. Infinidad de dudas y perplejidades me asaltaban. Una o dos veces, tuve una sensación de intenso terror a la

que ninguna razón definida podía atribuir. Me acuerdo haberme deslizado sin ruido en la gran sala donde los pequeños seres dormían al claro de Luna. Precisamente Weena estaba entre ellos, y me sentía confortado por su presencia. Acordéme entonces de que dentro de pocos días habría Luna nueva y serían más numerosas las apariciones de las desagradables criaturas subterráneas, de aquellos pálidos lemúridos, de aquella nueva plaga de lombrices que había reemplazado a la antigua.

Durante esos días experimenté la continua impresión de aquel que elude algo inevitable. Estaba completamente seguro de recobrar mi Máquina, si penetraba valientemente en esos misteriosos subterráneos; y sin embargo, no me decidía a afrontar su misterio. Si hubiese contado tan sólo con un compañero, la cosa hubiera sido distinta; pero tan horriblemente solo como me hallaba, la idea de descender en la oscuridad del pozo me asustaba. No sé si comprenderán ustedes mi estado; pero me parecía sentir continuamente un peligro detrás de mi espalda.

Era esta inquietud, esta inseguridad quizás, la que me arrastraba más y más lejos en mis exploraciones. Yendo en dirección al Sur, hacia la parte montañosa que actualmente se llama Combe Wood, observé a lo lejos, en la dirección del actual Banstead, una gran construcción verde, de un género distinto a las que había visto hasta entonces. Era más grande que los más grandes

http://win10.io

palacios y ruinas que conocía; la fachada tenía un aspecto oriental, con un brillo gris pálido, una especie de gris azulado, como una porcelana de China. Daba a entender esta diferencia de aspecto, una diferencia de utilidad y pensé alargar hasta allí mi exploración. Pero estaba ya muy avanzado el día y llegar a aquel paraje me habría costado una larga y fatigosa caminata; así, pues, dejé para el siguiente día la aventura y retrocedí buscando las caricias de bienvenida de la pequeña Weena. A la mañana siguiente díme cuenta, de una manera bastante clara, de que mi curiosidad respecto al palacio de porcelana verde no era más que un autoengaño que me daba pretexto para eludir un día más la aventura que tanto temía. Resolví, pues, intentar el descenso sin más pérdida de tiempo y púseme temprano en camino hacia el pozo, cerca de las ruinas de granito y aluminio.

La pequeña Weena me acompañó, corriendo y saltando a mi alrededor, pero pareció desconcertarse grandemente cuando me vió inclinarme sobre el agujero. «Hasta luego, pequeña Weena», dije, abrazándola. Después, tras dejarla nuevamente en tierra, busqué tanteando por debajo del brocal, los escalones, más bien con precipitación, pues, haré bien en confesarlo, temía que el valor me faltase. Ella me miró primero con extrañeza; luego, precipitándose sobre mí con un grito lastimero, probó de retenerme con toda la fuerza de sus pequeñas manos. Su oposición fué

más bien un estímulo para continuar, y rechazándola quizás algo duramente, halléme en un instante en la misma boca del pozo. Tuve que prestar entonces toda mi atención a los poco sólidos escalones que me sostenían.

Descendí, quizás, doscientos metros. Se efectuaba el descenso por medio de barrotes metálicos, fijados en las paredes; pero adaptados al uso de seres mucho más pequeños y menos pesados que yo, pronto me sentí entorpecido y fatigado; y no sólo fatigado, no. Uno de los barrotes cedió de repente bajo mi peso y me imaginé precipitado en las tinieblas, pero quedé suspendido por una mano. Después de este momento, no me atreví a descansar demasiado en un barrote, y aunque tenía los brazos y los riñones vivamente doloridos, continué, tan aprisa como pude, este descenso insensato. Levanté los ojos y vi la abertura: un pequeño círculo azul en el que se veía una estrella y se dibujaba redonda y oscura la cabeza de la pequeña Weena. Venía del fondo un ruido regular, como de máquina, que hacíase cada vez más fuerte. Todo, excepto el pequeño disco, sobre mi cabeza, estaba profundamente oscuro, y al levantar de nuevo los ojos, Weena había desaparecido.

Yo era presa de una viva angustia. Pensé vagamente volver a subir y dejar tranquilo el mundo subterráneo, pero mientras pensaba esto, continuaba bajando. Al fin, con gran alegría, percibí vagamente en la pared, a mi derecha

http://win10.io

y a poca distancia una pequeña abertura. Introdújeme en ella y vi que era la entrada de un estrecho túnel horizontal, en el que podía tenderme y descansar. Mis brazos estaban doloridos, mi espalda derrengada, y hallábame tembloroso por el largo terror pasado, temiendo una posible caída; además, la continua oscuridad producía en mis ojos un doloroso efecto. El aire estaba lleno del jadeo de las máquinas y de las bombas aspirando el aire en el fondo del pozo.

No sé cuánto tiempo permanecí allí tendido. Me sacó de aquel estado el contacto de una blanda mano que se paseaba por mi cara. Busqué aprisa mis cerillas y encendiendo una rápidamente, vi inclinados sobre mí a tres seres lívidos, parecidos a aquel que vi sobre el suelo, en las ruinas, y que a toda prisa se marcharon ante la luz. Habitando en lo que me parecían impenetrables tinieblas, sus ojos eran extraordinariamente grandes y sensibles, como son las pupilas de los peces de las grandes profundidades, y del mismo modo reflejaban la luz. Convencíme de que les era dable verme en esta profunda oscuridad, y no parecían tenerme miedo alguno, aparte su temor por las cerillas. Pero tan pronto encendí la cerilla para tratar de verles, huyeron inmediatamente, desapareciendo en los oscuros túneles y corredores desde donde me clavaban los ojos de la manera más rara.

Probé de llamarles, pero su lenguaje era, aparentemente, distinto del de los habitantes de en-

cima, de modo que quedé absolutamente reducido a mis fuerzas, y apoderóse de mí la idea de una rápida huída. «Estás aquí para saber lo que aquí pasa», díjeme. Y avancé a tientas por el túnel, mientras se hacía cada vez más fuerte el ruido de las máquinas. Pronto dejé de sentir las paredes y llegué a un espacio más ancho; rascando una cerilla, vi que había entrado en una vasta caverna, que se extendía en la sombra, más allá de lo que alcanzaba la luz de mi cerilla.

Desde luego, es muy vago lo que recuerdo. Grandes masas como de enormes máquinas surgían de las tinieblas y proyectaban fantásticas sombras, en las cuales, como oscuros espectros, buscaban los Morlocks abrigo contra la luz. Era la atmósfera pesada y sofocante y flotaban en el aire repugnantes emanaciones de sangre recién derramada. Un poco más hacia el centro se veía una mesita de un metal blancuzco en la que parecía hallarse preparada la comida. ¡Los Morlocks eran carnívoros! Recuerdo haberme preguntado qué gran animal había podido suministrar el gran pedazo sangriento que veía. Todo ello era muy poco claro: el olor sofocante, las grandes formas sin significación, los inmundos seres escondidos en la sombra, no esperando más que la vuelta de la oscuridad para caer sobre mí. Extinguióse entonces la cerilla quemándome los dedos y cayó como un punto rojo rasgando las tinieblas.

http://win10.io

He pensado, después, lo mal preparado que iba para una tal expedición. Al ponerme en camino con la Máquina, partí con la absurda idea de que los hombres del porvenir debían en todos sentidos ser infinitamente superiores a nosotros, y fuí sin armas, sin medicinas, sin nada útil, y con una cantidad insuficiente de cerillas. Solamente había pensado en una máquina fotográfica para tomar alguna instantánea de este mundo subterráneo y poderlo examinar, más tarde, a placer. Pero en fin, allí estaba, sin más armas ni recursos que aquellos con que me dotó la Naturaleza; manos, pies y dientes, y además cuatro cerillas.

Dudé de aventurarme en las tinieblas en medio de aquellas máquinas y díme cuenta, con el último relámpago de luz, de que mi provisión de cerillas se agotaba. Jamás hasta este momento pensé que hubiese alguna necesidad de economizarlas, y había malgastado quizás la mitad de la caja en sorprender a los Eloïs, para quienes era el fuego una novedad. No me quedaban, pues, más que cuatro. Mientras permanecí allí a oscuras, una mano tocó la mía, dedos fofos palparon mi rostro y percibí un olor muy desagradable. Imaginé oir a mi alrededor el hálito de multitud de aquellos pequeños seres. Sentí unos dedos intentar apoderarse con dulzura de la caja de cerillas que tenía yo en la mano, y otros, detrás de mí, que tiraban de mis vestidos. Me era fuertemente desagradable adivinar estas criaturas que no veía y que me estaban examinando. La idea

asaltóme de mi ignorancia de sus maneras de pensar y de obrar, y púseme a dar grandes gritos lo más fuertes que pude; se apartaron vivamente; luego les sentí acercarse de nuevo. Sus manoseos fueron cada vez más atrevidos, mientras murmuraban entre sí extrañas palabras. Me estremecí violentamente y volví a gritar de forma aún más discordante. Se mostraron esta vez mucho menos asustados y se acercaron con unas singulares risitas. Me decidí a encender otra cerilla y a huir, protegido por su fulgor; con una hoja de papel que encontré en mi bolsillo, prolongué la luz y principié, horriblemente asustado, mi retirada hacia el estrecho túnel.

Penetré en él al extinguirse la llama, y en la oscuridad pude oir cómo corrían en mi persecución los Morlocks, con un ruido de aguacero o de vendaval entre las hojas.

En un momento me sentí cogido por varias manos y no pude equivocarme de su intento de arrastrarme hacia atrás. Encendí otra cerilla agitándola ante sus deslumbrados rostros. No pueden ustedes imaginarse lo nauseabundos y lo poco que de humanos tenían, el rostro pálido y sin barbilla, sus grandes ojos de un gris rosáceo, sin párpados, deteniéndose cegados por mi luz. Paréme poco a contemplarles, se lo aseguro a ustedes; continué mi retirada encendiendo, al extinguirse mi segunda, mi tercera cerilla. Estaba ya casi consumida cuando alcancé la abertura que daba al pozo. Me tendí en tierra en el borde,

http://win10.io

pues la palpitación de la gran bomba del fondo me aturdía. Busqué sobre las paredes los escalones y de repente sentíme cogido por los pies y tirado hacia atrás con violencia. Froté mi última cerilla... No prendió... Pero pude alcanzar, mientras tanto, uno de los escalones, y pegando hacia atrás violentos puntapiés me desprendí del abrazo de los Morlocks y escalé rápidamente el pozo, mientras quedaban ellos abajo mirándome subir, guiñando sus grandes ojos, menos uno, un pequeño miserable que siguióme durante un instante y quizás, como de un trofeo, quiso apoderarse de mis zapatos.

Esta ascensión me pareció interminable. Durante los últimos veinte o treinta pies, acometióme un mareo mortal, que obligábame casi a soltar los barrotes y se convirtió en lucha terrible ya en los últimos escalones. Dábame vueltas sin parar la cabeza y experimenté por anticipado todas las sensaciones de una caída. Al fin, sin embargo, llegué lo mejor que pude a lo alto, y saltando por encima del brocal huí anhelante fuera de las ruinas, hasta el deslumbrante Sol. Allí caí de cara a tierra. El suelo me parecía exhalar un limpio y dulce olor. Luego, recuerdo que Weena besábame las manos y las orejas y creo haber oído las voces de otros Eloïs. Después perdí el conocimiento.

CAPITULO X

Al llegar la noche

»Halléme después de esto en una situación verdaderamente peor que antes. Hasta entonces, exceptuando la noche de angustia que siguió a la pérdida de la Máquina del Tiempo, había alimentado la esperanza de mi liberación, esperanza que habían truncado mis últimos descubrimientos. Hasta entonces, había creído en un simple retardo por la pueril tontería de los Eloïs y por alguna fuerza desconocida que necesitaba comprender para dominarla; pero un elemento completamente nuevo me salía al paso en la repugnante especie de los Morlocks, aquellas cosas malvadas e inhumanas. Experimenté por ellos una instintiva aversión. Había sentido antes lo que sentiría un hombre caído en un abismo: mi sola

http://win10.io

preocupación era el abismo y el modo de salir de él. Ahora, me sentía como un animal cogido en una trampa, recelando la presencia de un enemigo que pronto debía llegar.

El enemigo a quien temía, quizás les sorprenda a ustedes, era la oscuridad del novilunio. Weena habíamelo metido en la cabeza por medio de ciertas advertencias, incomprensibles en un principio, a propósito de *Noches Oscuras*. Lo que significaba la llegada de las *Noches Oscuras* no era ahora un problema de difícil solución. La Luna iba menguando y el intervalo de oscuridad era cada día más largo. Entonces comprendí, por lo menos, hasta cierto punto, la razón por qué los habitantes del mundo superior temían a las tinieblas. Y me preguntaba vagamente a qué odiosas atrocidades se entregaban los Morlocks durante la Luna nueva.

Estaba casi cierto, ahora, de la falsedad de mi segunda hipótesis. Podían muy bien los habitantes del mundo superior haber, en otra época, sido una aristocracia privilegiada y los Morlocks sus trabajadores mecánicos; pero todo esto había desaparecido hacía ya largo tiempo. Las dos especies que habían resultado de la evolución de la humanidad, se hallaban en un estado de relaciones completamente nuevo. Los Eloïs, como los monarcas carlovingios, se habían convertido en unas nulidades simplemente bonitas: poseían aún la tierra por tolerancia y porque los Morlocks, troglodítas desde incontables generaciones, habían

llegado a encontrar intolerable la superficie de la tierra iluminada por el Sol. Los Morlocks, les hacían sus vestidos, añadía, y subvenían a sus naturales necesidades, quizás por un resabio de la vieja servidumbre. Lo hacían como un caballo encabritado agita sus patas delanteras o como a un hombre le gusta matar animales, por *sport*. Antiguas y ya desaparecidas necesidades habían dado impulso en aquel sentido al organismo. Pero el antiguo orden estaba en parte perturbado. La Némesis de los delicados Elïos avanzaba paso a paso. A través de las edades, durante millares de generaciones, había el hombre despojado a su hermano de la parte de bienestar y de Sol que le correspondía. Y ahora aparecía este hermano transfigurado. Ya habían los Eloïs comenzado a aprender de nuevo una vieja lección. Volvían a conocer el miedo. Y vínome de repente a la mente el recuerdo de la comida aquella que vi preparada en el mundo subterráneo, recuerdo que con bastante frecuencia me asaltó, y no traído por el curso de mis reflexiones, sino asaltándome de pronto, como una interrogación exterior a mí. Traté de recordar bien; tenía el vago sentido de alguna cosa muy familiar, pero en aquel momento no acertaba a decir qué era.

Así, pues, podían ser impotentes los pequeños seres ante su misterioso temor, pero mi constitución era distinta a la de ellos. Llegaba de esta época nuestra, de esta edad madura de la raza humana, en la que el temor no puede detenernos,

http://win10.io

y el misterio ha perdido todos sus espantables atributos; yo, al menos, sabría defenderme. Sin más tardar, pues, decidí hacerme armas y hallar un lugar seguro para dormir. Así, podría, a base de este retiro, encararme con aquel mundo extraño con algo de aquella confianza que había perdido al darme cuenta de la clase de seres a los que, noche tras noche, había estado expuesto. Sentía que no podría dormir más, sin tener en seguridad mi lecho, y me estremecía de horror, pensando cómo me debían ya de haber a su gusto examinado.

Vagué aquella tarde por el valle del Támesis sin poder encontrar nada inaccesible. Todos los árboles y todas las construcciones parecían cómodamente asequibles para diestros trepadores como debían ser los Morlocks, a juzgar por sus pozos. Entonces, las altas torrecillas y los rectos y pulimentados muros del Palacio de Porcelana Verde me vinieron a la memoria; y al atardecer, llevando a Weena sobre mis hombros, como a un chiquillo, subí la colina en dirección al Sudoeste. Había calculado la distancia alrededor de siete a ocho millas, pero en realidad se acercaba a dieciocho. Por otro lado, el tacón de una de mis botas apenas se aguantaba y un clavo había atravesado la plantilla y me hacía cojear. Llegamos bastante después del crepúsculo a la vista del palacio, cuya negra silueta se dibujaba sobre el amarillo pálido del cielo.

Cuando comencé a llevarla, experimentó Weena

gran alegría, pero al cabo de un rato quiso marchar y correr a mi lado, cogiendo flores de las que me llenaba los bolsillos. Siempre había experimentado Weena a la vista de mis bolsillos un gran embarazo, sacando, al fin, la conclusión de que no eran más que vasos, de una especie rara, para colocar flores en ellos; o por lo menos, en este sentido los utilizaba. Esto me recuerda... Al mudarme de chaqueta he encontrado...»

Hizo nuestro amigo una pausa, metió la mano en el bolsillo y silenciosamente colocó sobre el velador dos flores, ya marchitas, muy semejantes a grandes malvas blancas. Luego siguió su relato.

«La calma de la noche se enseñoreaba del mundo, mientras avanzábamos, más allá de la colina, hacia Wimbledon. Weena, sintiéndose fatigada quiso volver al edificio de piedra gris, pero haciéndole comprender que debíamos buscar un refugio contra el miedo, mostréle a través de la distancia los techos del Palacio de Porcelana Verde. ¿Ustedes conocen esta paz que al venir la noche desciende sobre las cosas? La misma brisa se detiene en los árboles y para mí hay como una especie de expectación en esta tranquilidad del anochecer. El cielo era claro, límpido y profundo, salvo algunas líneas que se veían en el horizonte, hacia poniente. Aquel atardecer la expectación tomó el color de mis temores. En esa inmensa calma, mis sentidos parecieron adquirir una sobrenatural agudeza. Creí sentir el suelo crujir bajo mis plantas y ver a través

http://win10.io

de la tierra misma a los Morlocks, como en un gran hormiguero, yendo de acá para allá, en espera de las tinieblas. Imaginaba, en mi excitación, que debían haber tomado mi intrusión en sus terrenos como una declaración de guerra; pero, ¿por qué se habían llevado ellos mi Máquina?

Continuamos, pues, en aquella quietud de las cosas, entre el crepúsculo, que pronto condensóse en tinieblas. El azul claro de la lejanía se ensombreció y aparecieron una después de otra las estrellas. Hízose la tierra oscura y los árboles negros. Aumentó el miedo y el cansancio de Weena, y toméla en brazos, hablándole y acariciándola. Luego, como la oscuridad aumentaba, colocó sus brazos alrededor de mi cuello y cerrando los ojos apoyó su carita sobre mi hombro. De este modo descendimos al valle por una larga pendiente, donde, a causa de la oscuridad, por poco caigo en un riachuelo; lo vadeé y seguí el lado opuesto del valle, dejando atrás varios palacios-dormitorios y una estatua de fauno o algo parecido a la que faltaba la cabeza, entre las acacias que crecían por allí también. Hasta entonces, nada había visto de los Morlocks, pero no era aún muy entrada la noche ni estaban aún muy próximas las oscuras horas que preceden a la salida de la Luna nueva.

Desde la cima de la colina vi extenderse ante mí un espeso bosque, largo y negro. Me hizo esto titubear, pues no veía su fin, ni a mi derecha, ni a mi izquierda. Me sentía fatigado, dolíanme

sobre todo, los pies, y colocando con cuidado a Weena en el suelo, sentéme encima del césped. Ni estaba seguro de mi camino, ni veía ya el Palacio de Porcelana Verde. Traté de penetrar con la vista la espesura del bosque y pensé lo que entre aquel hacinamiento de ramas, bajo las cuales no se debían percibir las estrellas, podía encubrirse. Y aun admitiendo no haber allí oculto peligro alguno, habrían raíces contra las cuales podía tropezar y troncos de los árboles para estrellarse contra ellos. Me hallaba en extremo cansado por las excitaciones del día y decidí no arrostrar este nuevo peligro y pasar la noche en la colina, al aire libre.

Me alegré al ver que Weena dormía profundamente, y abrigándola cuidadosamente con mi chaqueta, sentéme a su lado, esperando la salida de la Luna. La colina estaba tranquila y desierta, pero de cuando en cuando salía de las tinieblas del bosque algún ruido como producido por seres vivientes. Sobre mí brillaban las estrellas de aquella clara noche, pareciéndome que su parpadeo me daba ánimos. Sin embargo, no podía hallar en el cielo las antiguas constelaciones: su lento movimiento, inapreciable en el transcurso de centenares de vidas humanas, las había arrastrado en agrupaciones nuevas y desconocidas. Sólo la Vía Láctea me pareció ser como antiguamente, la misma deshilachada cinta de innumerables estrellas. Hacia el Sur, según me pareció, había una roja estrella muy brillante y enteramente

http://win10.io

nueva para mí, más resplandeciente aún que nuestro verde Sirio. Y entre todos estos puntos de luz centelleante, brillaba un planeta, con claridad viva, regular y afectuosa como el rostro de un viejo amigo.

La contemplación de estas estrellas borró rápidamente mis inquietudes y todas las amarguras de la vida terrestre. Pensé en su inconmensurable distancia y en el lento e inevitable curso de su marcha desde el pasado desconocido hacia el desconocido futuro. Pensé también en el gran ciclo que describe el polo de la tierra. Tan sólo cuarenta veces se había producido esta silenciosa revolución durante la totalidad de años por los que había yo atravesado; y durante el espacio de aquellas pocas revoluciones, toda la actividad, todas las tradiciones, los complicados organismos: naciones, idiomas, literaturas, anhelos, todo había desaparecido; hasta el mismo sencillo recuerdo del hombre, tal como yo le conocía, había sido barrido de la tierra. En lugar de todo ello, quedaban tan sólo estos frágiles seres, que habían olvidado su alto origen; y aquellos otros seres lívidos y espantosos. Pensé entonces en el gran miedo que separaba a las dos especies, y por primera vez comprendí, con un repentino escalofrío, de dónde debía provenir la comida animal que había visto. Era aquello demasiado horrible; y contemplando el blanco y pálido rostro de la pequeña Weena que cerca de mí dormía, arrojé de mí tales pensamientos.

Procuré durante esta larga noche sustraer a mi espíritu, lo mejor que pude, de la idea de los Morlocks; y para matar el tiempo entretúveme en buscar las huellas de las antiguas constelaciones. El cielo permanecía muy claro, salvando algunas escasas nebulosidades de tenue neblina. Sin duda alguna, adormecíme repetidas veces; pero mi vela iba ya tocando a su fin, y hacia el Este no tardó en aparecer una débil claridad, como el reflejo de incoloro fuego, levantándose la Luna, pequeña, afilada y descolorida. Tras ella, persiguiéndola y alcanzándola, vino la aurora, pálida al principio, pero pronto rosada y espléndida. Ningún Morlock se había acercado, a ninguno vi en la colina aquella noche, y con la confianza nacida con el nuevo día, parecióme casi que habían sido mis temores infundados y absurdos. Levantéme y noté que el pie que calzaba mi estropeado borceguí, habíaseme hinchado por el tobillo y dolíame bastante hacia el talón, por lo que, sentándome nuevamente, quitéme el calzado y lo arrojé lejos de mí, a cualquier parte.

Desperté a Weena y pusímonos en camino hacia el bosque, verde ahora y agradable, en vez de pavoroso y oscuro. Sirviéronnos de desayuno algunas frutas que hallamos y no tardamos en encontrar otros Eloïs riendo y corriendo al Sol. como si no existiese en la naturaleza *aquello* que se llama la noche. Volví a acordarme entonces de aquella carnívora comida que había

http://win10.io

visto, estando ahora seguro de haber adivinado qué clase de manjar la componía; en el fondo de mi corazón apiadábame de este último y débil arroyuelo del gran río de la humanidad. Seguramente, en un momento dado en la humana decadencia, la alimentación de los Morlocks habíase hecho en extremo extraña, pudiendo muy bien ser que fuese su alimento ratas y reptiles, pues ya hoy mismo el hombre es mucho menos escrupuloso que antiguamente, en lo tocante a su alimentación. El prejuicio contra la carne humana no es un instinto, en verdad, muy razonable. Así, pues, estos inhumanos hijos de los hombres... Intenté juzgar la cosa desde un punto de vista científico; al fin y al cabo, eran estos seres menos humanos, y más lejos hallábanse de nosotros que nuestros antepasados caníbales de hace tres o cuatro mil años. Había desaparecido la inteligencia, que en este estado de cosas hubiese sido un martirio. Mas ¿para qué seguir atormentándome? Los Eloïs, eran, sencillamente, como un ganado de cebo, que los Morlocks, guardaban y devoraban y a cuya alimentación asimismo proveían. Y allí estaba Weena, que a mi lado saltaba.

Procuré entonces mitigar el horror que me invadía, mirando la cosa como un merecido castigo al humano egoísmo. Habíase dado por satisfecho el hombre de vivir en el bienestar y la molicie, a expensas del trabajo de otros hombres; había invocado la necesidad como palabra de or-

den y de excusa, pero esta necesidad se había vuelto contra él. Intenté pensar con una especie de desprecio a lo Carlyle en esta aristocracia decadente. Pero esa actitud de espíritu era imposible de mantener, pues por grande que fuese su degradación intelectual, lo que habían conservado los Eloïs de humano, dábales derecho a mi simpatía y hacíame con ellos compartir su degradación y sus temores.

En estos momentos eran muy vagas mis ideas de lo que debía hacer. Mi primera idea fué encontrar un seguro refugio y construirme las armas de metal o de piedra que pudiese necesitar. Eran esas cosas inmediatas. Esperaba procurarme rápidamente algún medio de encender fuego, para poseer la temible arma de una antorcha, pues nada, lo sabía bien, nada sería de tanta eficacia contra los Morlocks. Después, necesitaba imaginar algún sistema para romper las puertas de bronce del pedestal de la Blanca Esfinge, aunque tenía ya la noción de una especie de ariete. Estaba convencido de que, de poder abrir estas puertas, llevando ante mí un fulgor de llamas, descubriría la Máquina y podría desde luego escapar. No creía a los Morlocks bastante fuertes para que hubiesen podido llevarla muy lejos. Había resuelto llevarme a Weena conmigo hacia nuestra época actual.

Y dando vueltas en mi cabeza a todos esos proyectos, proseguí mi camino hacia el edificio que mi fantasía había elegido para ser nuestra morada.

http://win10.io

CAPITULO XI

El Palacio de Porcelana Verde

»Llegamos hacia mediodía al Palacio de Porcelana Verde, que hallamos desierto y casi en ruinas. No quedaba en sus ventanas más que pedazos de vidrios, y grandes placas del mismo verde de la fachada se desprendían de sus corroídos ajustes metálicos. El palacio se hallaba situado en lo alto de una pendiente tapizada de césped, y antes de penetrar en él, volviendo mis ojos hacia el Nordeste, quedé sorprendido de ver un verdadero brazo de mar donde creía ver, como en otra fecha, Wandsworth y Battersea.

Después de examinarlos, comprobé que los materiales del palacio eran de verdadera porcelana, y percibí en la fachada una inscripción en desconocidos caracteres. Pensé torpemente que Wee-

lia podría ayudarme a interpretarlos, pero me di pronto cuenta de que la idea de una escritura jamás había penetrado en su cerebro. Me pareció más humana, creo, de lo que en realidad era, quizás por este su defecto, muy humano también. Pasadas las grandes puertas, que estaban abiertas y rotas, hallé, en lugar de la sala acostumbrada, una larga galería iluminada por numerosas ventanas laterales. Al primer vistazo, tuve la idea de un museo. Una espesa capa de polvo cubría las baldosas y gran número de diversos objetos desaparecía bajo una igual capa gris. Vi en el centro de la sala, derecho, descarnado y extraño, algo que debía ser la parte inferior de un inmenso esqueleto. Reconocí un animal de una especie desaparecida, del género del megatherium. El cráneo y los huesos de la parte superior yacían en tierra, entre el espeso polvo; y en un lugar donde debía gotear la lluvia, por alguna rendija del techo, estaban los huesos como roídos. Más lejos se hallaba el enorme esqueleto de un brontosauro, confirmándose mi hipótesis de hallarme en un museo. En uno de los lados encontré lo que me parecieron anaqueles inclinados, y limpiando el espeso polvo que los cubría, hallé las acristaladas estanterías tal como en la actualidad las tenemos, si bien debían ser éstas impenetrables al aire a juzgar por el perfecto estado de conservación de la mayor parte de los objetos que encerraban.

Evidentemente nos hallábamos en las ruinas

http://win10.io

de algún postrer museo de historia natural, siendo, según las apariencias, esta sala, la sección paleontológica, que había encerrado una magnífica colección de fósiles, y aunque había sido retardada por algún tiempo la inevitable descomposición por medio de la destrucción de las bacterias, iba ya, aunque lentamente, haciendo presa en todos estos tesoros. Aquí y allá encontré rastros de raros fósiles, ya a pedazos, ya enhebrados en forma de rosario. Las estanterías habían sido en diversos puntos arrancadas, por los Morlocks, según supuse. Un gran silencio reinaba en las salas y hasta nuestros mismos pasos eran amortiguados por la espesa capa de polvo. Weena, que se entretenía haciendo rodar un erizo marino por el inclinado cristal de una de las casillas, vino hacia mí, mientras yo miraba a mi alrededor; me cogió tranquilamente de la mano y permaneció a mi lado.

Desde un principio quedé de tal modo absorto ante este viejo monumento de una edad intelectual, que ni me ocupé de las seguridades que podía ofrecerme y hasta la misma preocupación de la Máquina alejóse por breves momentos de mi espíritu.

Este Palacio de Porcelana Verde, a juzgar por sus dimensiones, muchas más cosas debía contener que una galería paleontológica; quizás había galerías históricas, y pudiera ser que hasta una biblioteca. Para mí, hubiese sido esto mucho más interesante que el espectáculo de estos fósiles en descomposición. Prosiguiendo mi exploración encontré otra corta galería, transversal a la primera, que parecía dedicada a los minerales. La vista de un pedazo de azufre despertó en mi mente la idea de la pólvora, pero no pude encontrar salitre, ni ninguna otra clase de nitrato. Sin duda, habíanse disuelto. Sin embargo, esta porción de azufre hizo que en mi espíritu se agitase toda una serie de ideas. El resto de lo que la galería contenía, que era lo mejor conservado de lo que vi, no me interesaba apenas, pues no siento predilección por la mineralogía. Me dirigí hacia otra ala, en muy mal estado y paralela a la primera. Parecía esta sección estar consagrada a la historia natural, pero lo que en ella se encontraba era poco menos que irrecognoscible. Algunos restos, arrugados y ennegrecidos, que habían sido, quizás, animales disecados; momias resecas en frascos que habían contenido alcohol; un oscuro polvo, resto de desaparecidas plantas: esto era todo. Sentílo mucho, pues me hubiese satisfecho conocer las pacientes medidas contributivas a la conquista de la naturaleza animada. Llegamos luego a una galería de colosales dimensiones, pero muy mal alumbrada y cuyo pavimento en ligera inclinación formaba un suave ángulo con la galería anterior. Blancos globos pendían a trechos del techo, en su mayoría rotos y hundidos, sugeriendo la idea de un antiguo alumbrado artificial. Me hallaba aquí en mi elemento, pues se elevaban a cada lado las masas

http://win10.io

enormes de gigantescas máquinas, rotas y corroídas todas ellas, aunque algunas bastante completas. Ustedes conocen mi debilidad por la mecánica, y estaba dispuesto a entretenerme en medio de todo aquello, mayormente por el interesante misterio que en su mayoría ofrecían, y sobre cuya aplicación sólo me fué dado hacer las más vagas conjeturas. Imaginábame que, de poder resolver estos enigmas, hallaríame en posesión de poderes que me serían muy útiles contra los Morlocks.

De pronto Weena pegóse materialmente a mí, tan súbitamente, que me estremecí. Si por ella no hubiese sido, no creo que hubiese yo notado la inclinación del piso de la galería. (1) La extremidad a la que había llegado, estaba bajo el nivel del suelo, iluminada por raras ventanas muy estrechas. Cuanto más se descendía, el suelo exterior se elevaba contra estas ventanas hasta formar una especie de nicho, algo parecido a los sótanos de algunas casas de Londres, por cuyas ventanas se filtraba, por su parte superior, una estrecha línea de luz. Avanzaba lentamente, pretendiendo adivinar la explicación de aquellas máquinas y estaba con ello mi atención demasiado absorta para que me diese cuenta de la gradual disminución de la claridad. Fué el creciente sobresalto de Weena lo que me hizo aper-

(1) Es probable que el suelo no ofreciese declive alguno, sino que el museo estuviese construído en el flanco mismo de la colina.—(Nota del transcriptor).

cibir de ello. Vi entonces que la galería se hundía en profundas tinieblas. Vacilé, y mirando luego a mi alrededor, observé que la capa de polvo era más fina y su superficie menos lisa y uniforme; y un poco más lejos, hacia la oscuridad, parecía rota por algunas huellas de pies, cortas y estrechas. El pensamiento de la cercana presencia de los Morlocks tomó otra vez cuerpo. Me di cuenta de que perdía un tiempo precioso en el examen de estas máquinas, y acordéme que la tarde estaba ya bastante entrada y no tenía aún armas, ni abrigo, ni medio alguno de encender fuego. Luego, saliendo de la oscura profundidad de la galería oí los extraños golpes y los mismos raros ruidos que había ya oído en el fondo del pozo.

Cogí a Weena de la mano, pero acometido de repentina idea, dejéla y avancé hacia una máquina de la que salía una palanca parecida a las de los postes de desvío de los trenes. Trepando a la plataforma, cogí con todas mis fuerzas la palanca y la sacudí en todos sentidos. Weena a quien había dejado en medio de la galería púsose de pronto a sollozar. Mi cálculo sobre la fuerza de resistencia de la palanca no me había engañado, pues al cabo de un minuto de esfuerzos rompióse en seco redondamente, y juntéme a Weena llevando en mi mano una maza, más que sobrada para cualquier cráneo de Morlock que pudiese encontrar. Por cierto que pesábame ya la tardanza en poder matar algunos. Bien inhumano es, pensarán ustedes, este deseo de

http://win10.io

asesinar a sus propios descendientes. Pero era completamente imposible experimentar el menor sentimiento de humanidad a la vista de estos seres. Mi reparo a dejar allí sola a Weena y la seguridad de que, de empezar a apagar mi sed homicida, mi máquina podría salir perjudicada, fueron las únicas razones que me impidieron descender inmediatamente por la galería e ir a destrozar a todos los salvajes que encontrase.

Así, con la maza en una mano y llevando a Weena de la otra, salí de la galería, entrando en otra más grande todavía, que recordóme a primera vista una capilla militar, llena de algo así como de jirones de banderas, si bien reconocí pronto que los harapos carbonizados y ennegrecidos que colgaban por todas partes eran los destrozados vestigios de libros. Desde hacía tiempo habían caído a pedazos, y había desaparecido toda apariencia de impresión, pero indicábanlo bastante claramente los torcidos cartones y las rotas manecillas de metal que había aquí y allá. Si hubiese sido escritor, ¡cómo hubiese podido moralizar sobre la futilidad de toda ambición! Pero lo que más me impresionó fué el enorme trabajo inútil representado por esta sombría soledad de papel podrido. Debo añadir que en este momento pensaba en el *Philosophical Transactions* y en mis diez y siete folletos sobre óptica física.

Subiendo una larga escalera, llegamos a lo que debía ser antes una galería tecnicoquímica. Esperaba hacer allí útiles descubrimientos. Salvo

un extremo en que el techo se había desplomado, se hallaba muy bien conservada. Dirigíme rápidamente hacia unos casilleros que permanecían intactos y por fin, en uno de los herméticos compartimientos, hallé una caja de cerillas. Probé una al instante. Estaban en perfecto buen estado y ni siquiera humedecidas. Me volví hacia Weena.

—¡Alégrate!—gritéle en su propio idioma. Ahora tenía un arma formidable contra las horribles criaturas que tanto temíamos. Así, en este museo abandonado, sobre la espesa y suave alfombra de polvo, con gran alegría de Weena ejecuté una especie de danza, silbando lo más alegremente que supe el aire de *The Land of the Leal*. Era una mezcla de modesto cancán, de patalco, y de danza original, pues yo, como ustedes saben, tengo natural inventiva.

Pensé que escaparme por medio de esta caja de cerillas a través del tiempo, de innumerables años, era la cosa más rara y para mí la más afortunada. Luego, descubrí casualmente otra sustancia aún más inverosímil: alcanfor. La hallé en un bote que, por casualidad supongo, había sido herméticamente cerrado. Creí en un principio que era cera blanca y rompí el envase de cristal, pero no pude ya engañarme ante su olor. En medio de la general descomposición, esta volátil sustancia había podido casualmente conservarse a través quizás de varios millares de siglos. Esto me recuerda una pintura a la

http://win10.io

sepia que vi un día pintar con el color extraído de una belemnita fósil, que había debido morir y fosilizarse hacía millones de años. Iba a tirarla ya, cuando acordándome de que el alcanfor era inflamable y quemaba con una llama hermosa y brillante, pudiendo constituir una excelente bujía, metílo en mi bolsillo. No encontré, sin embargo, ningún explosivo, ni medio alguno de derribar las puertas de bronce, siendo hasta aquí mi palanca de hierro el único objeto hallado que podía prestarme auxilio para ello. Sin embargo, abandoné la galería grandemente satisfecho.

No puedo relatarles por completo la historia de aquella tarde; sería un imposible esfuerzo de memoria acordarme en su orden sucesivo de mis exploraciones. Me acuerdo de una larga galería llena de herrumbrosas armas, y de mis dudas entre un mapa, un hacha y una espada; pero no pudiendo llevármelo todo, preferí mi barra de hierro que prometía mejor resultado contra las puertas de bronce. Había también gran número de fusiles, pistolas y carabinas; en su mayor parte no eran más que masas de herrumbre, si bien había algunas hechas de algún metal nuevo y bastante sólido aún. Pero todo lo que se hubiese podido encontrar de pólvora y cartuchos, no era ya más que polvo. Un ángulo de esta galería habíase incendiado y reducido a cenizas, probablemente por la explosión de alguna de las muestras. En otro lado se hallaba

una gran colección de ídolos; habíalos polinésicos, mejicanos, griegos, fenicios... Creo que había de todas las épocas y de todas las partes del globo, y aquí, cediendo a un irresistible impulso, grabé mi nombre en la nariz de un monstruo, procedente de la América del Sur.

A medida que la noche se acercaba, iba disminuyendo mi interés. Pasé de galería en galería, todas polvorientas, silenciosas y en ruinas; los objetos expuestos, no eran más que simples montones de herrumbre o lignito. En un lugar halléme de pronto cerca de un modelo de mina de estaño, y entonces, por pura casualidad, descubrí en una hermética casilla dos cartuchos de dinamita.

—¡Eureka!—grité. Y lleno de alegría rompí el vidrio del casillero. Se me ocurrió una duda que me hizo vacilar, y buscando una pequeña galería lateral hice la prueba. No he experimentado jamás desasosiego semejante al que pasé esperando cinco, diez, quince minutos una explosión que no se produjo. Naturalmente, no eran más que muestras, como debí haber adivinado al encontrarlos en aquel lugar. Creo, realmente, que si no hubiese sido así, me hubiera lanzado inmediatamente y hubiese hecho saltar la Esfinge, las puertas de bronce y quizás al mismo tiempo mis probabilidades de encontrar, como sucedió luego, mi Máquina del Tiempo.

Me parece que fué después de esto cuando llegué a una especie de patio abierto en el interior

http://win10.io

del palacio. En una especie de pradera habían crecido tres árboles frutales. Descansamos allí y nos refrescaron sus frutos. Ya hacia el crepúsculo empecé a considerar nuestra situación. Nos envolvía lentamente la noche y habíamos aún de encontrar nuestro inaccesible refugio; pero esto me apuraba ahora poco. Tenía en mi poder algo que era quizás la mejor defensa contra los Morlocks: ¡tenía cerillas! Tenía, también, en mi bolsillo alcanfor, por si era necesario obtener una llama de alguna duración. Parecióme que lo mejor que podíamos hacer era pasar la noche al aire libre, protegidos por el fuego. Por la mañana vendría la conquista de la Máquina del Tiempo, para lo cual no tenía hasta el presente cosa mejor que mi maza de hierro. Pero ahora, con los conocimientos adquiridos, experimentaba distintos sentimientos frente a las puertas de bronce. Hasta este momento habíame abstenido de forzarlas por el misterio que ocultaban; pero nunca me habían parecido ser demasiado sólidas y estaba seguro que mi barra de hierro no sería muy inadecuada para el trabajo que me proponía.

CAPITULO XII

En las tinieblas

»Salimos del Palacio cuando aun lucía el Sol sobre el horizonte. Había decidido llegar a la Blanca Esfinge a primera hora de la mañana siguiente, proponiéndome cruzar antes de la noche el bosque que me había detenido anteriormente. Mi plan era ir lo más lejos posible aquella noche y encender una hoguera a cuya luz pudiésemos dormir. Para ello, durante el camino recogí ramas y hierbas secas, que llenaron pronto mis brazos y cargado de este modo, avanzábamos mucho más despacio de lo que había calculado, estando, además, Weena en extremo fatigada. Yo mismo empecé a sentirme cansado y era ya enteramente de noche cuando alcanzábamos la linde del bosque. Weena, temiendo la oscuridad, que-

http://win10.io

ría detenerse en la misma entrada, pero la extraña sensación de una inminente catástrofe, que debía haberme servido de aviso, empujóme hacia adelante. No había dormido desde hacía dos días y una noche y me hallaba irritado y calenturiento; temía que el sueño me venciera y con él la llegada de los Morlocks.

Mientras titubeábamos, vi entre las malezas, veladas por la profunda oscuridad, tres formas que se arrastraban. Alrededor nuestro crecían arbustos y altas hierbas y sentíame desprevenido contra su aproximación. Suponía que el bosque tendría una milla de anchura y que si lográbamos llegar a la desnuda vertiente de la colina, encontraríamos allí un lugar de descanso absolutamente seguro. Pensaba que con las cerillas y el alcanfor podría iluminar mi camino a través del bosque. Sin embargo, era evidente que, de emplear una mano para las cerillas, era preciso abandonar mi provisión de leña; así, pues, y aunque muy a disgusto, dejéla en el suelo. Ocurrióseme, entonces, la idea de dejar aturdidos a nuestros enemigos, iluminando el camino tras de nosotros. Pronto debía comprender la atroz locura de este acto, pero imaginaba yo que aquello era una ingeniosa táctica para cubrir nuestra retirada.

No sé si habrán ustedes pensado jamás en lo raro que ha de ser la llama para el hombre que la desconoce y bajo un clima templado. El calor solar raramente es bastante fuerte para producir la llama. El rayo puede derribar y carbonizar,

pero es raro que provoque grandes incendios; los vegetales en descomposición pueden producir grandes calores durante su fermentación, pero es raro que resulte de ello la llama. En esta época de decadencia, el arte de producir fuego se había olvidado sobre la tierra. Las rojas lenguas que elevábanse lamiendo el montón de madera, eran para Weena una cosa extraña, completamente nueva.

Quiso coger las llamas y jugar con ellas; creo que se habría arrojado al fuego, si no la hubiese yo contenido. Y alzándola en mis brazos, a pesar de su resistencia, hundíme atrevidamente en el bosque. Hasta una cierta distancia las llamas iluminaron mi camino. Volvíme, y a través de los troncos, vi que de mi haz de ramitas la llama se extendía a unos cercanos zarzales y una lengua de fuego comenzaba a lamer las hierbas de la colina. Me eché a reir y volviéndome hacia los negros árboles púseme de nuevo en marcha.

La oscuridad era grande y Weena se aferraba a mi cuello convulsivamente; pero mis ojos se acostumbraron pronto y había aún claridad suficiente para que pudiese evitar los troncos. Por encima de mí todo estaba negro, salvo acá y acullá, en que un boquete de lejano azul brillaba sobre nosotros. No encendía cerillas, porque no tenía libres las manos. Sobre el brazo izquierdo llevaba a mi pequeña amiga, y mi barra de hierro en la mano derecha.

Durante algún tiempo no oí más que los cru-

http://win10.io

jidos de las ramas bajo mis pies, el susurro de la brisa en los árboles, mi propia respiración y los latidos de la sangre en mis oídos. Luego creí percibir una infinidad de débiles ruidos a mi alrededor y apreté el paso. Los rumores se hicieron más distintos y oí claramente los sonidos y las extrañas voces que había escuchado ya en el mundo subterráneo. Debían ser, sin duda, los Morlocks, que me envolvían poco a poco. Un minuto después, noté un tirón en mi vestido; luego, algo en mi brazo. Weena estremecióse violentamente y quedó completamente inmóvil.

Era el momento de encender una cerilla. Para ello, me fué preciso poner a Weena en el suelo. Mientras hurgaba en mi bolsillo, inicióse una lucha en las tinieblas, a mis rodillas, entre Weena, silenciosa, y los Morlocks, gruñendo de su peculiar manera. Pequeñas, blandas manos, tentaban mi vestido y mis espaldas, llegando hasta mi cuello. Rasqué la cerilla, que se inflamó crepitando. Levantéla en el aire y vi las lívidas espaldas de los Morlocks, que huían entre los troncos. Tomé a prisa un pedazo de alcanfor, preparándome a encenderlo en el momento en que fuese a extinguirse la cerilla. Luego, examiné a Weena; estaba tendida cara a tierra, desmayada, abrazando mis piernas. Lleno de terror inclinéme sobre ella. Respiraba apenas. Encendí el trozo de alcanfor, dejándolo en el suelo, y mientras prendía y llameaba asustando a los Morlocks y disipando las tinieblas, arrodilléme y alcé a Weena. A mis espaldas parecía estar lleno el bosque del murmullo y la agitación de un numeroso tropel.

Weena parecía desvanecida. Púsela dulcemente sobre mis hombros y levantéme para marchar, pero la horrible realidad apareció. Ocupándome tan sólo de las cerillas y de Weena, había girado varias veces sobre mí mismo, perdiendo por completo la idea de la dirección que debía seguir. Todo lo más, me parecía saber que me hallaba de cara al Palacio de Porcelana Verde. Un sudor frío bañó mis sienes, pero era preciso decidirse rápidamente. Resolví encender fuego y acampar donde estábamos. Coloqué a Weena, aun desmayada, junto a un grueso tronco, y a toda prisa, antes que aquel primer trozo de alcanfor se extinguiese, procuré juntar ramitas y hojas secas. Aquí y allá, en las tinieblas, los ojos de los Morlocks brillaban como carbúnculos.

Vaciló y extinguióse la llama del alcanfor. Encendí una cerilla y al instante dos descoloridas formas; que durante el corto intervalo de oscuridad se habían acercado a Weena, huyeron, pero de tal modo cegada una de ellas por la repentina luz, que vino en derechura a mí, y sentí quebrarse sus huesos bajo mi puño, descargado con fuerza; lanzó un grito de dolor, vaciló un momento y cayó. Encendí un nuevo trozo de alcanfor y proseguí reuniendo mi hoguera. Observé lo seco que estaba el follaje sobre mi cabeza, pues desde mi llegada, durante el espacio de una semana, no

http://win10.io

había caído una sola gota de lluvia. Así, en vez de buscar entre los árboles las caídas ramitas, alcancé y rompí ramas enteras. Pronto tuve un fuego de ramas secas y madera verde, que, aunque despedía una sofocante humareda, permitíame economizar mi corta provisión de alcanfor. Ocupéme entonces de Weena, tendida junto a mi maza de hierro. Hice todo lo posible para reanimarla, pero estaba como muerta y ni siquiera pude cerciorarme de si respiraba.

El humo abatíase ahora en nuestra dirección y embotado por su acre olor debí amodorrarme. Además, había aún en el aire vapores de alcanfor. Mi fuego pudo durar una hora larga. Me sentía agotado de tantos esfuerzos y me senté. El bosque estaba lleno de un murmullo aturdidor, cuya causa no comprendía. Parecíame que acababa de cerrar los ojos y que los abría nuevamente. Pero todo estaba oscuro y sobre mí sentí las manos de los Morlocks. Librándome de la presión de sus dedos, busqué apresuradamente en mi bolsillo la caja de cerillas. ¡No estaba ya! En un segundo comprendí lo que había pasado. Me había dormido y habíase extinguido el fuego: la amargura de la muerte llenó mi alma. El bosque parecía lleno de un olor a madera quemada. Fuí cogido por el cuello, por los cabellos, por los brazos y sujeto contra el suelo. Tuve la sensación de hallarme preso en una inmensa tela de araña y experimenté el inexplicable horror de sentir en la oscuridad, apretujados sobre mí,

todos aquellos blandos seres. Me hallaba en extremo postrado y no luché ya. Pero súbitamente sentíme mordido en el cuello por pequeños y finos dientes. Revolvíme hacia un lado y mi mano tropezó con la palanca de hierro. Prestóme aquello nuevo valor. Me debatí, sacudiéndome aquellos hombres-ratas; y empuñando la palanca, golpeé donde creí que estaban sus cabezas. Sentí bajo mis golpes un delicioso aplastamiento de carnes y huesos y quedé libre en un instante.

Me invadió aquella rara y alegre exaltación que tan a menudo acompaña a un rudo combate. Comprendía que Weena y yo estábamos perdidos, pero resolví que los Morlocks pagaran cara nuestra piel. Apoyé la espalda contra un árbol, blandiendo mi barra ante mí. El bosque entero estaba lleno de sus gritos y de su agitación. Transcurrió un minuto. Sus voces parecieron elevarse a un alto grado de excitación y sus movimientos hiciéronse más rápidos; sin embargo, ninguno púsose al alcance de mis golpes. Permanecí de aquella forma, intentando penetrar las tinieblas, cuando sentí en mí renacer la esperanza: ¿qué podía asustar así a los Morlocks? Y en el mismo momento vi algo raro. Parecieron hacerse luminosas las tinieblas. Aunque veladamente, empecé a distinguir a los Morlocks a mi alrededor, tres de ellos caídos a mis pies, y observé con incrédula sorpresa que los demás huían en tropel delante de mí, a través del bosque; y no eran ya sus espaldas del todo blancas, sinó rojizas.

http://win10.io

Mientras que estupefacto les miraba pasar, vi en una brecha de estrellado cielo, voltear y desaparecer una pequeña centella roja. Y entonces comprendí el olor a madera quemada, el murmullo aturdidor, los rojizos reflejos y la huída de los Morlocks.

Separándome un poco del tronco del árbol miré hacia atrás y vi entre los árboles más cercanos el bosque en llamas. Era la primera fogata que encendí, que me alcanzaba. Busqué a Weena, pero ya no estaba allí. Los chasquidos de los troncos que a mis espaldas prendían no me daban tiempo para reflexionar. Firme en mi mano la barra de hierro corrí tras las huellas de los Morlocks. Fué una loca carrera. Extendiéronse en una ocasión tan rápidas las llamas a mi derecha, que, avanzándome, me hicieron dar un rodeo a la izquierda. Llegué al fin a un pequeño claro, y en este mismo momento, un Morlock, que corría, tropezando, a mi lado, pasó rozándome y se precipitó en las llamas. Iba a contemplar el más horrible y espantoso espectáculo que pude ver en esta edad por venir. Se veía en este espacio vacío, a la luz del fuego, como en pleno día. En el centro se elevaba un montículo, una especie de túmulo coronado por un zarzal de espino seco. Más allá, ardía otro trozo del bosque, retorciéndose entre enormes lenguas de roja llama, que rodeaban el claro de la selva con una barrera de fuego. Se hallaban sobre el montículo treinta o cuarenta Morlocks, deslumbrados por la luz, co-

rriendo de acá para allá, y tropezando en su confusión unos con otros. En el primer momento, no pensé que se hallaban cegados, y con mi barra de hierro, con loco frenesí, golpeábales de tal modo cuando se me acercaban, que maté a uno o dos y destrocé a otros varios; pero al observar los gestos de uno de ellos, marchando a tientas alrededor del zarzal, y al oir sus gemidos, comprendí su miserable estado de impotencia y cesé de golpearles.

Sin embargo, de cuando en cuando corría alguno hacia mí, haciéndome apartar con un estremecimiento de horror. Decayeron tanto las llamas un momento, que temí volviesen a verme aquellas infectas criaturas, y pensé, antes que esto llegara, entablar nuevamente el combate, matando unos cuantos más; pero volviéronse a elevar con furia las llamas y esperé. Me paseaba entre ellos, aunque evitándoles, buscando alguna huella de Weena. Pero Weena no estaba allí.

Sentéme al fin en la cima del montículo, contemplando aquel raro tropel de seres ciegos, corriendo en todas direcciones, a tientas, lanzando horribles gritos, mientras se revolvían las llamas sobre ellos. Grandes nubes de espeso humo inundaban el cielo, y a través de los escasos intersticios de este inmenso mar rojo, lejanas, como pertenecientes a otro universo, refulgían las estrellas. Tropezaron contra mí dos o tres Mor-

http://win10.io

locks, a los que rechacé a puñetazos, estremeciéndome.

Durante aquella larga noche estuve convencido de que todo aquello era tan sólo una pesadilla; me mordí y grité en un terrible deseo de despertar; golpeé el suelo con mis manos, levantéme y volví a sentarme, vagué de acá para allá y sentéme otra vez. Frotéme los ojos y pedí a la Providencia que me permitiese despertar. Por tres veces vi a un Morlock lanzarse con la cabeza baja entre las llamas. Y al fin, sobre los últimos rojizos resplandores del incendio, sobre las grandes nubes de negro humo, de los troncos de árbol medio carbonizados y sobre el ya menguado número de estas criaturas, se alzaron las primeras claridades del día.

Púseme nuevamente en busca de Weena; pero no la hallé por parte alguna. Era bien claro que los Morlocks habían abandonado su pobre pequeño cuerpo en cualquier parte del bosque. No me es posible expresar de qué modo mitigó esto mi pena, pensando que había escapado al horrible fin que parecía reservársele. Pensando en todo ello, estuve seriamente tentado de empezar al punto, aunque pude al fin contenerme, una matanza de aquellos impotentes y abominables seres que corrían aún a mi alrededor. Como ya he dicho, el montículo formaba una especie de islote en el bosque. Desde su cima pude distinguir, a través de un velo de humo, el Palacio de Porcelana Verde, lo que me permitió recobrar mi orientación hacia la Blanca Esfinge. Entonces abandonando a aquellas condenadas almas que iban aún sollozando de acá para allá, atéme alrededor de los pies varios manojos de hierba y avancé, saltando, a través de las humeantes cenizas, entre los negros troncos todavía ardientes, hacia el escondrijo de mi Máquina del Tiempo. Marchaba muy despacio, pues estaba enteramente agotado y también cojo. Sentía infinita tristeza por la horrible muerte de la pequeña Weena. Su pérdida me parecía una irreparable calamidad. En este momento, en esta familiar habitación, mejor me parece la pena que resta de un sueño que una verdadera pérdida. Pero aquella mañana, su muerte me dejaba de nuevo absolutamente solo, terriblemente solo. Asaltóme el recuerdo de esta casa, de este hogar con fuego, de algunos de ustedes; y con estos pensamientos, invadióme el deseo de todo esto, una añoranza que era, para mí, un inmenso sufrimiento.

Avanzando sobre las humeantes cenizas, bajo el brillante cielo de la mañana, hice un descubrimiento. En el bolsillo de mi pantalón habían aún algunas cerillas, escapadas sin duda de la caja antes de serme quitada por los Morlocks.

http://win10.io

CAPITULO XIII

La trampa de la Blanca Esfinge

»A las ocho o las nueve de la mañana llegué a aquel mismo asiento de metal amarillo desde donde por la tarde de mi llegada lancé mis primeras miradas sobre el mundo. Pensé en las prematuras conclusiones que hice aquella tarde y me reí amargamente de mis suposiciones. Era el mismo hermoso paisaje, el mismo verdor abundante, los mismos espléndidos palacios, las mismas ruinas magníficas y el mismo plateado río deslizándose entre sus fértiles riberas. Los alegres trajes de los Eloïs pasaban y repasaban entre los árboles. Algunos bañábanse en el mismo lugar donde yo había salvado a Weena, y al contemplarles, sentí reavivarse mi pena. Como manchas que desfiguraban el paisaje, elevábanse las cúpulas so-

bre los pozos que conducían al mundo subterráneo. Ya conocía yo lo que recubría toda esta belleza del mundo exterior. Como los días que pasa en el campo el ganado, así deslizábanse agradablemente los días para sus habitantes. Como el ganado, no conocían ningún enemigo, ni sufrían la pena de necesidades. Y era el mismo su fin.

Entristecíme pensando en lo breve que había sido el sueño de la inteligencia humana. Se había dado ella misma la muerte; se había puesto con pie firme en camino hacia el *confort* y el bienestar, hacia una equilibrada sociedad, llevando, como consigna, las palabras: *seguridad* y *estabilidad*, y había alcanzado su objeto, para llegar finalmente a esto. Quizás algún día alcalzaron la vida y la propiedad una seguridad casi absoluta. Estaba el rico seguro de su bienestar y de su opulencia; el trabajador, de su vida y su trabajo. No hubo, sin duda, en aquel mundo perfecto, ninguna cuestión inútil, ningún problema que no hubiese sido resuelto. Y una gran calma había sucedido a aquel estado de cosas.

Es una ley natural, muy olvidada por cierto, que la versatilidad intelectual es la compensación de la mudanza, del peligro y de la inquietud. Un animal en perfecta armonía con su ambiente no es más que un simple mecanismo. La naturaleza no hace jamás llamada alguna a la inteligencia, a menos que el instinto y la costumbre sean insuficientes. No puede existir inteligencia donde no hay mudanza, ni necesidad de ella.

http://win10.io

Sólo poseen y gozan de inteligencia los animales que tienen que experimentar diversidad de peligros y necesidades.

De este modo, según pude ver, el hombre del mundo superior había derivado hacia una impotente primorosidad, y el hombre subterráneo, hacia la industria mecánica; pero faltábales una cosa para lograr la perfección: la estabilidad absoluta. En el transcurso del tiempo, la subsistencia del mundo subterráneo habíase convertido en algo anormal. La necesidad, que había sido evitada durante algunos millares de años, resucitó y prosiguió su obra. Los seres del mundo subterráneo se aplicaban a una mecánica que, por perfecta que fuese, necesitaba, no obstante, un poco de pensamiento, habiendo probablemente por ello conservado algo más de iniciativa, aunque menos carácter humano que los del mundo superior. Así, al carecer de alimento volvieron a lo que una vieja costumbre había hasta entonces impedido. Así es como vi finalmente el mundo del año ochocientos dos mil setecientos uno. Puede ser esta la más absurda explicación que pueda dar cerebro humano, pero es así como tomé yo la cosa, y tal como la tomé se la doy a ustedes.

Después de las fatigas, las excitaciones y los terrores de pasados días, y a pesar de mi disgusto, este asiento, desde donde contemplaba el tranquilo paisaje, bañado por el Sol, me ofrecía agradable reposo. Estaba tan agotado de sueño y fatiga, que pronto mis reflexiones se convirtieron en

adormecimiento. Tomé, pues, en vista de ello, mi partido, y tendiéndome sobre el césped dormíme con largo y reparador sueño.

Desperté poco antes de ponerse el Sol. No temía ya ahora ser sorprendido en mi sueño por los Morlocks, y levantándome, bajé la colina por el lado de la Blanca Esfinge. Llevaba mi palanca en una mano y con la otra acariciaba las cerillas en mi bolsillo.

Sucedió entonces la cosa más inesperada. Al acercarme al pedestal de la Esfinge, encontré abiertas sus puertas de bronce. Habían resbalado de arriba a abajo a lo largo de sus bastidores; quedé sorprendido y me detuve, vacilando...

En un ángulo de la pequeña cámara que formaba el interior, estaba mi Máquina. Ya llevaba las pequeñas palancas en el bolsillo. Así, después de mis fatigosos preparativos para el sitio de la Blanca Esfinge, me hallaba ante una humilde capitulación. Arrojé mi barra de hierro, pesaroso casi de no poderla utilizar.

Asaltóme una repentina idea, mientras me agachaba para entrar; siquiera por una sola vez, creo que pude alcanzar el curso de las operaciones mentales de los Morlocks. Conteniendo mis fuertes ganas de reir, atravesé el marco de bronce y avancé hasta la Máquina. Quedé sorprendido al ver que había sido cuidadosamente limpiada y untada. Luego, he creído que la habrían desmontado en parte los Morlocks, para intentar adivinar su utilidad.

http://win10.io

Entonces, y mientras examinaba y tocaba con verdadero placer mi invento, produjose lo que esperaba. Las planchas de bronce subieron y con un violento crujido cerraron la abertura. Hallábame, pues, en la oscuridad, preso en el lazo, o por lo menos, así lo creían los Morlocks; porque yo no sentía temor alguno y me veía interiormente.

Oí que se acercaban ya, susurrando y riendo. Con toda la calma me dispuse a encender una cerilla. No tenía más que colocar las palancas en la Máquina para desaparecer como un fantasma. Pero no me había dado cuenta de una cosa. Las cerillas que me quedaban eran de esta maldita clase que no se encienden más que con el rascador de la caja.

Pueden ustedes imaginarse a dónde fué a parar mi calma. Los pequeños animales estaban casi sobre mí. Tocóme uno. Con las palancas en las manos y los brazos extendidos, hice espacio a mi alrededor y empecé a instalarme en el asiento de la Máquina. Entonces una mano posóse sobre mí, y otra luego. Tenía pues a un tiempo que defenderme contra sus dedos que procuraban con persistencia arrebatarme las palancas, y que buscar a tientas el lugar donde debía emplazarlas. En esto, lograron casi arrancarme una; pero al sentir que se escapaba de mis manos, y no-pudiendo usar de ellas, intenté recuperarla dando un fuerte golpe con la cabeza en la oscuridad. Oí

resonar el cráneo de un Morlock. Aquello, pensaba, era más serio que la lucha en el bosque.

Quedó por fin ajustada la palanca y puesta en dirección de marcha. Las manos que me tenían cogido se desprendieron de mí; las tinieblas se disiparon y volví a encontrarme en la misma claridad gris y el mismo torbellino que he explicado ya.

http://win10.io

CAPITULO XIV

La última visión

»Ya he referido a ustedes las sensaciones confusas y mareantes que da un viaje a través del Tiempo; y esta vez estaba mal sentado en el sillón, ladeado y de una forma muy poco estable. Durante algún tiempo, me así fuertemente a la Máquina, que vibraba y oscilaba, sin preocuparme de saber a dónde iba; pero al decidirme a mirar los cuadrantes quedé estupefacto. Uno de ellos señala los días; otro, los millares de días; un tercero, los millones de días y el último, las centenas de millones de días. Pues bien; al mirar los indicadores, vi que la saeta de los miles giraba, hacia el futuro, tan aprisa como la aguja que marca los segundos en un reloj. Con la precipitación, en vez de dar marcha atrás, había

lanzado la Máquina hacia adelante a toda velocidad.

Durante este tiempo, una rara mudanza se producía en el aspecto de las cosas. El gris que me rodeaba habíase hecho más oscuro. A pesar de que la Máquina marchase a una velocidad prodigiosa, el rápido parpadeo que marcaba la sucesión del día y de la noche, fué poco a poco haciéndose más lento. Las alternativas de noche y día sucedíanse más despacio y era más lento el paso del Sol a través del cielo, de tal modo, que el día y la noche parecían extenderse durante siglos. Al fin, un continuo crepúsculo roto solamente, de cuando en cuando, por el llamear de algún cometa en el tenebroso cielo. La franja luminosa que había indicado el Sol habíase extinguido hacía tiempo; ya no había orto ni ocaso; únicamente se elevaba y descendía un poco hacia el Oeste, y habíase hecho más ancho y más rojo. Toda señal de Luna había desaparecido. Las revoluciones de las estrellas, cada vez más tardas, eran sustituídas por puntos luminosos, que avanzaban casi imperceptiblemente. Un poco antes de hacer alto, el Sol, rojo y muy ancho, detúvose inmóvil en el horizonte, vasta cúpula brillante de velado resplandor, sufriendo, a veces, momentáneas extinciones. Una vez, durante un corto tiempo, habíase reanimado y lucido con más fulgor, para volver a adquirir rápidamente su lúgubre color rojo. La tierra descansaba ahora con una de sus caras constantemente expuesta

http://win10.io

al Sol, lo mismo que en nuestra época la Luna mira a la Tierra. Con grandes precauciones, acordándome de mi anterior caída, empecé a acortar la marcha. Las saetas giraron más y más lentamente hasta pararse la de los millares y dejar la de los días de ser sólo una sombra en el cuadrante, cada vez más despacio, hasta hacerse completamente visibles los vagos contornos de un desolado arenal.

Detúveme dulcemente, y permaneciendo sentado en la Máquina paseé a mi alrededor la mirada. El cielo no era ya azul. Hacia el Noroeste era de un negro de tinta, brillando viva y continuamente pálidas estrellas en estas tinieblas. Sobre mí era de un color rojizo y sin un solo astro; hacia el Sudoeste, brillaba con vivo resplandor el horizonte, cortado por el disco del Sol, inmóvil y rojo. A mi alrededor, las rocas eran de un desagradable color rojizo; por todo indicio de vida únicamente vi la vegetación, de un verde intenso, que cubría la base de un peñasco. Era el verde, magnífico que tienen a veces los musgos y líquenes y las plantas que como ellos crecen, en un perpetuo crepúsculo, en los bosques y en las grutas.

Se había detenido la Máquina sobre una playa en pendiente. El mar extendíase hacia el Sudoeste y se alzaba, en el horizonte, limpio y brillante, bajo el descolorido cielo. No había escollos, ni olas; ni siquiera se notaba la más ligera brisa. Tan sólo una suave ondulación alzábase y abatíase para demostrar que el mar eterno agitábase aún y vivía. Y en la orilla, donde el agua a veces se rompía, había una espesa incrustación de sal, rosada, bajo el lívido cielo. Sentía mi cabeza oprimida y respiraba muy aprisa. Esta sensación recordóme mi único experimento de ascensión a las montañas, y juzgué por ello que debía estar el aire considerablemente rarificado.

A lo lejos, en lo alto de la desolada pendiente, oí un áspero grito y vi una cosa parecida a una inmensa mariposa blanca alzar el vuelo, revolotear en el cielo, y desaparecer planeando tras unos pequeños montículos. Fué tan lúgubre este chillido que, estremeciéndome, me coloqué más sólidamente en el asiento. Paseando de nuevo la mirada a mi alrededor, vi que, muy cerca, lo que creí que era una roca rojiza, avanzaba lentamente hacia mí. Vi entonces que era un monstruoso cangrejo. Imagínense ustedes un cangrejo grande como aquella mesa, moviéndose lentamente y con cierta vacilación, agitando sus enormes pinzas y sus largas antenas como látigos de carretero y espiándoos con sus desorbitados ojos por ambos lados de su metálica frente. Su caparazón era rugoso y estaba adornado aquí y allá de raras protuberancias y verdosas incrustaciones. Mientras avanzaba, veía moverse y agitarse los numerosos palpos de su complicada boca.

Entretanto que, estupefacto, contemplaba esta siniestra aparición arrastrarse hacia mí, noté como un cosquilleo en mi mejilla, cual si una

http://win10.io

mariposa se hubiese posado en ella. Probé de alejarla con la mano, pero volvió inmediatamente, y en seguida posóse otra cerca de mi oreja. Llevé a ella vivamente la mano y cogí una especie de filamento que resbaló inmediatamente de entre mis dedos. Presa de horrible náusea, volvíme y vi que había cogido la antena de otro monstruoso cangrejo que se hallaba detrás mismo de mí. Sus ojos maléficos se revolvían furiosos; parecía su boca animada de un feroz apetito y sus torpes pinzas bañadas en glutinosa baba se inclinaban sobre mí. En un instante mi mano pulsó la palanca y puse un mes de distancia entre estos monstruos y yo; pero continuaba aún sobre el mismo arenal y volví a verlos distintamente, tan pronto como me detuve. A docenas se arrastraban por todas partes otros cangrejos, en la sombría claridad, sobre las amontonadas capas de verde intenso.

No me es posible expresarles la sensación de abominable desolación que envolvía al mundo. El cielo, rojo hacia Oriente; al Norte, las tinieblas; sin vida y salado el mar; el rocoso arenal lleno de estos tardos y repugnantes bichos monstruosos: el verde uniforme y de envenenado aspecto de la vegetación de líquenes; el aire rarificado que lesionaba los pulmones... todo contribuía a producir una impresión horrible. Recorrí aún un siglo y seguía brillando el mismo rojo Sol, más ancho y empañado; el mismo mar agonizante, el mismo rebullir de crustáceos arrastrándose entre la

verde vegetación y las rojizas rocas. Y en el cielo occidental vi una tenue línea curva, como una inmensa Luna nueva.

Continué mi viaje, deteniéndome de cuando en cuando, a grandes saltos de millares de años, atraído por el misterioso destino de la tierra, contemplando con una rara fascinación cómo el Sol se hacía cada vez más ancho y velado, en el cielo de Occidente, y desaparecer paulatinamente la vida de la vieja tierra. A más de un espacio de treinta millones de años, la inmensa cúpula roja del Sol había acabado por dejar a oscuras la décima parte del sombrío cielo. Detúveme allí una vez más; había desaparecido la multitud de grandes cangrejos, y la rojiza arena, salvo sus líquenes de un verde lívido, parecía desnuda de toda vida. Cubríala ahora una capa blanca. Sentí un frío vivísimo. Raros copos blancos caían a veces, voltigeando. Hacia el Nordeste, bajo las estrellas de un cielo de arena, extendíanse nevados reflejos y vi las ondulantes crestas de las colinas teñidas de un blanco rosado. Estaba el mar rodeado de franjas heladas; enormes témpanos derivaban a lo lejos, pero la gran extensión del océano, roja bajo el eterno crepúsculo, no se había helado todavía.

Miré a mi alrededor, para ver qué indicios de vida animal quedaban. Cierta indefinible aprensión hacíame permanecer en el asiento de la máquina. Pero nada vi moverse ni en el cielo, ni en la tierra, ni sobre el mar. Sólo el verde léga-

http://win10.io

mo sobre las rocas testimoniaba no haberse aún extinguido toda vida. Un banco de arena sobresalía en el mar y las aguas habían abandonado la orilla. Parecióme ver alguna cosa revolotear sobre la playa, pero al observarla quedóse inmóvil; creí que la vista me había engañado y que aquello no era más que un fragmento de roca. Las estrellas brillaban en el cielo, pero me parecía que centelleaban muy débilmente.

De pronto, observé que la parte occidental del Sol había cambiado, y que una concavidad, aparecía en su curva. Fué acentuándose; durante un minuto quizás, contemplé, lleno de estupor, aquellas tinieblas que absorbían la pálida luz del día y comprendí que comenzaba un eclipse. La Luna o el planeta Mercurio pasaban ante el disco del Sol. Creí en un principio que era la Luna, pero tengo mis razones para creer que lo que vi era el paso de algún planeta muy cerca de la Tierra.

La oscuridad crecía rápidamente. Ráfagas de frío viento empezaron a soplar del Este haciéndose más intensa la caída de los blancos copos. De allá, de lo más lejos del mar, empezó a acercarse un murmullo y una débil onda. Aparte estos inanimados sonidos, el silencio imperaba en el mundo. ¿El silencio? Es en extremo difícil de expresar la calma que pesaba sobre él. Todos los ruidos de la humanidad, el balido de los rebaños, el canto de los pájaros, el zumbido de los insectos, toda aquella agitación no existía ya. A medida que aumentaban las tinieblas, los copos,

arremolinándose y danzando ante mis ojos, hiciéronse más abundantes y más intenso el frío del aire. Al fin, una tras otra, las blancas cimas de las lejanas colinas se esfumaron en la oscuridad. La brisa trocóse en quejumbroso viento; vi la sombra central del eclipse extenderse hacia mí. En un instante, sólo quedaron visibles las pálidas estrellas. Todo lo demás quedó en la oscuridad más profunda e hízose el cielo absolutamente negro.

Sentí horror de esta gran lobreguez; el frío me penetraba hasta la medula y me producía vivo sufrimiento cada una de mis inspiraciones. Estremecíame y sentía mortales náuseas. Entonces reapareció en el cielo, como un gran arco rojo, el contorno del disco solar. Descendí de la Máquina para serenarme; me sentía embotado, incapaz de resistir el viaje de retorno. Mientras así estaba, indispuesto y entorpecido, vi nuevamente, contra el fondo rojizo del mar, el objeto que se movía en el banco de arena y esta vez no había equivocación posible; era, en efecto, algo animado, una cosa redonda del tamaño de un balón de fútbol o quizás algo mayor. Arrastraba una especie de tentáculos y parecía de color negro contra el rojo sangriento del mar, saltando de acá para allá, torpemente. En este momento sentíme casi desfallecer; el horrible temor de quedar privado de todo auxilio en este tan lejano y espantoso crepúsculo, dióme suficientes fuerzas para instalarme de nuevo en el sillón.

http://win10.io

CAPITULO XV

El regreso del Explorador del Tiempo

»Y regresé. Debí permanecer bastante tiempo insensible sobre la Máquina. Repitióse la parpadeante sucesión de días y noches, resplandeció el Sol nuevamente y el cielo volvió a ser azul. Respiré con más libertad. Los flotantes contornos del paisaje crecían y menguaban, y giraban en contrario sentido las saetas en sus cuadrantes. Vi nuevamente vagas sombras de casas y huellas de la humanidad decadente, que cambiaron y pasaron, sucedidas por otras. Después de un cierto tiempo, cuando el cuadrante de los millones estuvo a cero, refrené la velocidad y reconocí nuestra mezquina arquitectura familiar; la aguja de los millares llegó a su punto de partida; el día y la noche sucediéronse más lentamente. Después,

las viejas paredes de mi laboratorio me rodearon; y entonces, muy suavemente, moderé aún más la velocidad del mecanismo.

Observé entonces un hecho que me pareció raro. Creo haber dicho a ustedes que a mi partida y cuando mi velocidad no era aún grande, la criada atravesó la habitación como una bala. A mi regreso pasé por el minuto exacto en que había ella atravesado el laboratorio; pero esta vez, cada uno de sus movimientos fué exactamente al revés de los anteriores. Entró por la puerta del fondo, deslizóse a través del laboratorio en sentido contrario, desapareciendo detrás de la puerta por la que primero entró. Un instante antes parecióme ver a Hillyer, pero pasó como un relámpago.

Detuve la máquina y vi de nuevo a mi alrededor mi viejo laboratorio, mis enseres, mis aparatos, tal como los había dejado; descendí de la máquina con el cuerpo envarado y dejéme caer sobre un asiento, dónde fuí acometido durante algunos minutos de violento temblor. Luego, me calmé. Al volver a hallar mi viejo taller a mi alrededor, exactamente igual que antes, empecé a sentirme tranquilo. Sin duda, me había dormido allí; todo aquello no había sido más que un sueño.

Y no obstante, algo había cambiado.

La exploración empezó con la máquina en el ángulo sudeste de la habitación. Ahora estaba en el ángulo noroeste, arrimada a la pared, como verán ustedes. Esto puede hacerles apreciar la

http://win10.io

exacta distancia que mediaba entre el pequeño prado y el pedestal de la Blanca Esfinge, dentro del cual habían los Morlocks encerrado mi Máquina.

Durante un rato permanecí con el cerebro embotado; luego, levantéme y vine por el corredor hasta aquí, cojeando, con el talón dolorido aún y sintiéndome desagradablemente mugriento. Vi la *Pall Mall Gazette* en la mesa, cerca de la puerta. Era su fecha la de hoy, y advertí, al levantar los ojos, que el reloj marcaba casi las ocho. He oído sus voces y el ruido de los platos, y he dudado, sintiéndome débil y dolorido. Pero he olfateado entonces un buen olor a carne y he empujado la puerta. Me he lavado y vestido; he comido y ahora, les he contado ya mi historia».

CAPITULO XVI

Después de la historia

—Comprendo—dijo después de una pausa,—que todo esto lo tomarán ustedes como increíble en absoluto; pero por lo que a mí respecta, la única cosa increíble es que yo esté aquí esta noche, en este viejo fumador íntimo, satisfecho de ver sus rostros amigos, contándoles estas raras aventuras.

Volvióse hacia el doctor.

—No; no espero,—dijo,—que ustedes me crean. Tomen mi relato como una fábula... o una profecía. Díganse que he soñado en mi laboratorio; que de tal modo me he entregado a especulaciones sobre los destinos de nuestra raza, que he llegado hasta inventar esta ficción. Tomen mi afirmación de su veracidad como un simple medio de hacer re-

http://win10.io

saltar su interés. Y ahora, bien sentados estos puntos de vista, ¿qué piensan ustedes de ello?

Tomó su pipa y empezó a cargarla nerviosamente, según su costumbre, sobre las varillas de metal del hogar. Hubo un momentáneo silencio. Separé yo la mirada de la faz del Explorador del Tiempo para examinar a sus auditores. Todos permanecían entre la sombra, y flotaban ante ellos pequeñas manchas de color. El doctor parecía absorto, contemplando a nuestro huésped. El editor miraba obstinadamente la punta de su cigarro, el sexto ya. El periodista sacó su reloj. Los otros, a lo que recuerdo, permanecían inmóviles.

El editor, levantóse, suspirando.

—¡Qué lástima que no sea usted escritor!—dijo, poniendo su mano en el hombro del Explorador del Tiempo.

—¿Cree usted mi historia?

—Psh...

—Ya sabía que no.

El Explorador del Tiempo se volvió hacia nosotros.

—¿Dónde están las cerillas?—preguntó.

Encendió una y, entre bocanadas de humo de su pipa, dijo:

—Hablándoles con franqueza... Casi no creo en ello yo mismo... Y sin embargo...

Y sus ojos, en muda interrogación, claváronse en las blancas flores marchitas que había puesto sobre la mesita. Luego, contemplóse la mano con

que cogía la pipa, y noté que examinaba algunas cicatrices a medio cerrar en las articulaciones de los dedos.

El doctor se levantó, acercóse a la lámpara y examinó las flores.

—El pistilo es curioso—dijo.

El psicólogo se inclinó para ver también y extendió el brazo para tomar la otra.

—¡Caramba! — exclamó el periodista. — Es la una menos cuarto. ¿Cuándo llegaré a casa?

—En la estación hay coches—dijo el psicólogo.

—Es muy curioso—observó el doctor;—ignoro a punto fijo a qué género pertenecen estas flores. ¿Puedo quedármelas?

Dudó el Explorador del Tiempo, y luego repentino:

—No, ciertamente.

—¿Dónde las ha encontrado usted realmente?—preguntó el doctor.

El Explorador del Tiempo pasóse la mano por la frente. Luego habló, como recogiendo el hilo de una idea confusa:

—Fueron puestas en mi bolsillo por Weena durante mi exploración a través del Tiempo.

Paseó su mirada por la habitación.

—¿Sería una alucinación? Esta habitación, ustedes, este ambiente de cotidiana vida, es demasiado para mi memoria. ¿He construído yo jamás alguna Máquina o algún modelo de Máquina Exploradora del Tiempo, o todo esto no es más que un sueño? Dicen que la vida es un sueño, un hermoso y

http://win10.io

pobre sueño. ¿Pero de dónde me ha venido este sueño? Esto es la locura... Es necesario que vea la Máquina... ¡si es que existe!

Bruscamente, tomó la lámpara y se internó por el corredor. Nosotros le seguimos. Allí, bajo la vacilante luz de la lámpara estaba, sin ninguna duda, la máquina, de feo y pesado aspecto, construída en cobre, ébano, marfil y traslúcido y centelleante cuarzo. Recia al tacto, pues adelanté la mano y probé la solidez de sus barrotes; con oscuras manchas sobre el marfil y briznas de hierba y musgo adheridas a sus partes inferiores; una de las barras torcida.

El Explorador del Tiempo colocó la lámpara sobre un estante y pasó su mano por la estropeada barra.

—Ahora, está bien,—dijo;—la historia que les he contado es verdadera. Siento haberles traído aquí con este frío.

Tomó nuevamente la lámpara y en medio del más absoluto silencio regresamos al salón-fumador.

Nos acompañó, al marcharnos, hasta el vestíbulo y ayudó al editor a ponerse el abrigo. El doctor examinó su cara, y vacilando, díjole que probablemente padecía de exceso de trabajo, cosa que provocó francamente su risa. Recuerdo, por fin, que ya en el umbral de la puerta dábamonos las buenas noches.

Tomamos un coche con el editor. Este juzgó la historia como una suntuosa mentira. Por mi parte, érame imposible llegar a una conclusión.

¡Era el relato tan fantástico e increíble, y sin embargo, el modo de explicarlo, tan serio y convincente! Pasé despierto casi toda la noche, pensando en ello y decidí volver por la mañana a ver al Explorador del Tiempo. Dijéronme al llegar que estaba en su laboratorio, y como conocía bien toda la casa fuíle a encontrar allí. Sin embargo, no estaba allí en aquel momento. Examiné un instante la Máquina, y toqué apenas la palanca con mi mano, extrañándome de que aquella masa de aspecto firme y pesado, se agitase como una rama sacudida por el viento. Sorprendióme en gran manera su instabilidad y asaltóme el recuerdo de mi infancia, cuando se me prohibía tocar y curiosear lo que veía. Volvíme por el corredor, encontrando al Explorador del Tiempo en el salón-fumador. Salía de su habitación. Llevaba bajo un brazo una pequeña camara fotográfica, y una maleta bajo el otro. Echóse a reir al verme y alargándome el codo, a guisa de apretón de manos dijo:

—Estoy en extremo ocupado con mi máquina.

—¿Entonces, no es, pues, una chanza?—dije.—¿Realmente explora usted las épocas de la humanidad?

—Sí; real y verdaderamente.

Y me miró a los ojos, con toda franqueza. Luego, pareció dudar y su mirada erró por la habitación.

—Necesito sólo una media hora—dijo;—sé por qué ha venido usted. He aquí varias revistas.

http://win10.io

Si quiere usted quedarse a desayunar, le mostraré las pruebas de mis exploraciones, muestras de toda clase. Creo que quedará usted con ello enteramente convencido. ¿Me permite dejarle un rato?

Consentí, sin comprender entonces todo el alcance de sus palabras; y con gesto amistoso, alejóse por el corredor. Oí cerrarse la puerta del laboratorio; me instalé en una silla y comencé a leer un diario. ¿Qué iba a hacer mi amigo antes del desayuno? Luego, de pronto, un nombre en un anuncio hízome recordar que había prometido al editor Richardson ir a verle. Levantéme para ir a prevenir al Explorador del Tiempo.

Al poner la mano en el pomo de la puerta, oí una extraña exclamación, una crepitación y un golpe. Al empujar la puerta halléme entre un torbellino de aire de cuyo interior salía un ruido como de vidrios rotos sobre el pavimento. El Explorador del Tiempo no estaba ya allí. Durante un momento creí ver una indistinta y fantástica sombra sentada en una masa negra y amarilla, tan transparente, que a través de ella se veía, más atrás, una mesa con papeles y dibujos; pero este fantasma desvanecióse en un segundo. La Máquina Exploradora del Tiempo había partido también. Salvo un resto de polvo que se movía en el aire, el otro extremo del laboratorio estaba vacío. Un cristal de la vidriera debía haberse roto en aquel momento.

Fuí presa de loco terror. Sentía que algo extraño había sucedido y no podía, de momento, apreciar qué era. Mientras estaba allí petrificado, abrióse la puerta del jardín y apareció el criado.

Nos miramos uno a otro. Mis ideas volvieron.

—¿Ha salido el señor por allí?—pregunté.

—No, señor; por allí no ha salido nadie; yo creía encontrarle aquí.

Comprendí entonces lo que había ocurrido. Aún a riesgo de disgustar a Richardson, esperé el regreso del Explorador del Tiempo, y con él, el segundo y quizás más interesante relato y las muestras y fotografías que seguramente traería consigo. Pero empiezo ahora a sospechar que deberé esperar toda la vida. El Explorador del Tiempo desapareció hace tres años. Y como todo el mundo sabe, no ha regresado todavía.

http://win10.io

EPILOGO

No pueden impedirse las conjeturas. ¿Regresará algún día? Es posible que, aventurándose hacia el pasado, haya caído entre los salvajes y bebedores de sangre de la Edad de Piedra; en los abismos del mar Cretáceo, o entre los gigantescos saurios e inmensos reptiles de la época jurásica. Es posible que esté ahora, si se me permite esta frase, vagando por algún escollo de coral volítico, poblado de plesiosauros, en las desoladas orillas de los salinos mares de la época triásica. ¿O quizás, yendo hacia el porvenir, hacia cercanas edades, en las que los hombres son hombres aún, pero que han sabido resolver todos los misterios y problemas de nuestra época actual? Hacia la madurez de la raza; por mi parte, se me hace difícil creer que este reciente periodo de tímidas experiencias, de fragmentarias teorías, y de mutua discordia, sea el punto culminante que debe alcanzar el hombre. Y digo por mi parte, pues *él*, lo sé por haberse discutido la cuestión entre nosotros, mucho antes de inventar su Máquina Exploradora del Tiempo, sustentaba ideas descorazonantes acerca del progreso de la humanidad, y en las transformaciones de la civilización, no veía más que un torpe amontonamiento que debía caer inevitablemente encima de los mismos transformadores. Si es así, aun nos resta vivir como si de otro modo fuese. Pero para mí, el porvenir permanece todavía oscuro y vacío; es una gran ignorancia, iluminada, accidentalmente, por el recuerdo de su historia. Y conmigo tengo, para mi consuelo, dos extrañas flores blancas, retorcidas hoy, encogidas, secas, ennegrecidas y frágiles, para testimoniar que, cuando de la tierra desaparecieron la inteligencia y la fuerza, la gratitud y la ternura alentaban todavía en el corazón del hombre.

FIN

http://win10.io

INDICE

		Págs.
CAP.	I.—*Introducción.*	5
CAP.	II.—La Máquina.	15
CAP.	III.—La vuelta del Explorador del Tiempo.	22
CAP.	IV.—La Exploración del Tiempo.	32
CAP.	V.—En la Edad de Oro. . . .	42
CAP.	VI.—El Ocaso de la Humanidad.	50
CAP.	VII.—Un accidente inesperado. .	61
CAP.	VIII.—Exploraciones.	72
CAP.	IX.—Los Morlocks.	90
CAP.	X.—Al llegar la noche . . .	99
CAP.	XI.—El Palacio de Porcelana Verde.	110
CAP.	XII.—En las tinieblas	121
CAP.	XIII.—La trampa de la Blanca Esfinge	132
CAP.	XIV.—La última visión	138
CAP.	XV.—El regreso del Explorador del Tiempo.	146
CAP.	XVI.—Después de la historia. . .	149
	Epílogo	156

Editorial B. Bauzá.—Apart. 66.—Aribau, 175 a 179
Barcelona

Obras de WELLS

Tono Bungay
Tomo de 240 páginas . . . . Ptas. 3

Kipps
Tomo de 224 páginas . . . . Ptas. 3

La Isla del Dr. Moreau
Tomo de 196 páginas . . . . Ptas. 3

La Humanidad tal cual es
Tomo de 196 páginas . . . . Ptas. 3

Anticipaciones
Tomo de 304 páginas . . . . Ptas. 3

El amor y el señor Lewisham
Tomo de 256 páginas . . . . Ptas. 3

Ruedas de fortuna
Tomo de 256 páginas . . . . Ptas. 3

Cuando el dormido despierte
Tomo de 256 páginas . . . . Ptas. 3

El alimento de los dioses
Dos tomos de 432 páginas. Cada uno Ptas. 3

El porvenir de América
Tomo de 224 páginas . . . . Ptas. 3

En los días del cometa
Tomo de 224 páginas . . . . Ptas. 3

La guerra en el aire
Tomo de 256 páginas . . . . Ptas. 3